EL CASTIGO DE UNA MADRE.

DRAMA

EN TRES ACTOS,

TRADUCIDO Y ARREGLADO

POR

DON VENTURA DE LA VEGA.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
4662

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

8

PERSONAS.	ACTORES.
DERVAL, *abogado*.	*D. Julian Romea.*
MOSSARD, *propietario*. . .	*D. Antonio de Guzman.*
VARENNES.	*D. Florencio Romea.*
FREMONT.	*D. Pedro Sobrado.*
HEBRARD, *cura párroco*. .	*D. Lázaro Perez.*
AMBROSIO.	*D. Juan Fernandez.*
JULIAN, *criado de Derval.*	*D. Domingo Martinez.*
JOSÉ, *mozo de fonda*. . .	*D. Ignacio Hernandez.*
PAULINA, *muger de Derval.*	*Doña Matilde Diez.*
HORTENSIA, *muger de Fremont*.	*Doña Carmen Corcuera.*
JUANA, *muger de Ambrosio*.	*Doña Maria Córdoba.*
CATALINA, *posadera*. . . .	*Doña Trinidad Parra.*
LUISA, *niña de seis años.*	

Este drama, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real orden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Acto primero.

La escena es en Paris.—El teatro representa un gabinete en casa de Derval: puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

DERVAL. FREMONT. PAULINA. HORTENSIA.

(*Derval sentado á un bufete arreglando papeles: Fremont leyendo un periódico: Paulina y Hortensia bordando.*)

Hortensia. Fremont!... es esto gabinete de lectura?

Fremont. Ya concluyo, muger, ya concluyo!

Derval. Perdonad, Hortensia; el grosero soy yo que recibo vuestra visita sin dejar los papelotes, y que me voy á marchar ahora, sin mas ceremonia.

Hortensia. Oh! en cuanto á vos, señor abogado de fama, hay que disculparos de vuestra poca galanteria.

Fremont. Y sobre todo, en el momento de ir á hacer que triunfe la inocencia y la virtud.

Derval. No es eso lo mas facil del oficio, querido Fremont.

Fremont. Oh! si no lo consiguieras tan á menudo, no tendrias tanta fama y tantos clientes.

Derval. Ea! si los amigos nos adulan, quién nos dirá la verdad? (*Vuelve á sus papeles.*)

Fremont. (*A Paulina.*) Un filósofo hecho y derecho!

Paulina. (*Sonriendo.*) Sí!...

721959

Fremont. Diria alguien, al ver su modestia, que es uno de los abogados mas famosos de Paris?

Hortensia. No te parece que mi marido se envanece mas con los triunfos de Derval, que el mismo Derval?

Paulina. Son los dos tan amigos!

Hortensia. Jesus, Paulina!... con qué tono tan melancólico hablas!... Qué tienes?... acaso no has recibido noticias de tu niña?

Paulina. Las recibo un dia sí y otro no, gracias al cuidado del señor Hebrart, el cura párroco, que es para mi Luisa lo que fue para mí cuando niña. Asi es que á pesar de haber mandado los médicos que la enviase á la Turena, yo no me hubiera resuelto á ello, á no saber que estaba allí aquel buen sacerdote.

Hortensia. Oh! pues bien podias vivir tranquila, porque Ambrosio y Juana, en cuya compañia está la niña, la cuidan como si fuera su hija.

Paulina Eso es verdad!

Mossard. (*Dentro.*) Bien está... bien!...

Fremont. Oh! aqui tenemos al amigo Mossard!

ESCENA II.

DICHOS.—MOSSARD.

Mossard. Oh! señoras... servidor!...

Derval. Con quién dabas voces?

Mossard. Toma!... con quién ha de ser!... con mi primo el capitan, que me ha acompañado hasta la puerta, y no ha querido entrar so pretesto de que mi muger le ha mandado un encargo... Es cosa de ver los malos ratos que se da el infeliz por hacer cuanto le manda mi muger! — Hola, Fremont!... buenos dias.—Señoras, mil afectos de mi muger...

Paulina y Hortensia. Gracias.

Mossard. Y el elegantísimo Varennes, no ha parecido hoy por aquí?

Paulina. No señor... no ha venido.

Mossard. Pues juraria que le habia visto ahora mismo pasar por esta calle en su cabriolé... Iba echando chispas, segun es costumbre entre los elegantes... Oh! el buen to-

no es ir con una velocidad... que me rio yo del vapor! Cómo ha de luchar con esos Adonis un pobre propietario de tercer órden... no es asi, amigo Fremont?

Fremont. Sí; pero tambien nos dura mas!...

Mossard. Eso es lo que la digo á mi muger, y no quiere creerme. Tiene unas ideas tan estravagantes, tan fantásticas!... se despepita por todo lo que es moda!... por todo lo que es escéntrico... como se dice ahora.—Fuera de esto, es un verdadero modelo de virtudes domésticas!

Derval. (*Aparte.*) Pobre Mossard!

Mossard. Asi es que no hay matrimonio mas unido ni mas pacífico que el nuestro. Mi Eugenia es amable con todo el mundo... escepto con mi primo el capitan... Nos ponemos á almorzar esta mañana... el pobre muchacho la habia traido un magnífico ramo de flores... pues ni siquiera se dignó mirarlo!... Es mucho!

Julian. (*Anunciando.*) El señor de Varennes.

Mossard. Cuando dije que le habia visto por estos contornos!...

ESCENA III.

DICHOS.—VARENNES.

(*Varennes trae un ramo de flores.—Derval se levanta del bufete.*)

Varennes. Señoras!... caballero Derval!

Derval. Buenos dias, señor de Varennes!

Varennes. Supongo que no os levantareis por mí?

Derval. No señor... he concluido de poner en orden unos papeles... y dentro de un instante iremos á concluir de dar la batalla.

Mossard. (*Aparte á Derval.*) Mira, mira... tambien trae su ramito... como el que llevó mi primo esta mañana.

Derval. (*Aparte.*) Me gusta la comparacion!

Varennes. Si Paulinita me permite que le ofrezca estas flores...

Paulina. Por qué no? con mucho gusto!

Varennes. (*Aparte al darle el ramo.*) Volveré cuando esteis sola.

Paulina. (*Turbada.*) No, no...; no vengais!

Varennes. Si hubiera creido hallar aquí á la hermosa Hortensia, no hubiera traido un solo ramo.

Hortensia. (*Riendo.*) Otra vez será...

Mossard. (*A Varennes.*) Y qué tal, mocito!... cómo va de treinta y cuarenta... de carreras de caballos... de bailes... de gran mundo?

Varennes. Si he de decir la verdad, señor Mossard, estoy algo retirado...

Mossard. Ba, ba!...

Varennes. Sí... me he alejado un poco de la sociedad... Los bailes me cansan... la ópera me fastidia... y luego... tengo negocios... la pura verdad!... tengo ahora un pleito... sobre el cual necesitaré consultar al señor Derval... Debe ser cosa entretenida un pleito!... Ahora voy á dedicarme á él...; iré todos los dias al tribunal... á ver si esa vida me distrae un poco!

Mossard. Bravo!... esa es la doctrina que hay que profesar en presencia del célebre abogado Derval!

Derval. Hombre, no! Yo no condeno la vida que hace el señor de Varennes. Porque yo sea abogado, no creas que tengo una filosofia tan negra y triste como mi [illegible]! Cada uno debe buscar la felicidad á su modo, con tal que no perturbe la de los demas.

Varennes. (*Aparte.*) Si sospechará!...

Mossard. Bien dicho!—Ah! sepamos: es hoy cuando concluye ese famoso pleito?...

Varennes. Sí... ahora mismo voy á terminar la defensa.

Mossard. Pues yo voy contigo... quiero presenciar tu triunfo.

Derval. Y si salgo vencido?

Mossard. No será sin gloria!

Derval. Adios, Paulina. (*Tomándola la mano.*) Cuanto tiempo hace que no te veo sino de prisa!... que no paso un rato á tu lado!... cómo ha de ser!—Pero no por eso dejes de creer que te amo... y mucho!

Paulina. Sí, Derval... sí.

Mossard. Paulina, mi muger vendrá luego á haceros una visita.

Fremont. (*Aparte.*) Si traerá consigo á su primo el capitan!

Derval. (*Aparte á Paulina.*) Haz que la digan que no estás

en casa. — Pues señor, ya es la hora... me voy al tribunal.

Paulina. (*Aparte á Varennes.*) Id con él... yo os lo suplico!

Varennes. Señor Derval, voy con vos... No he venido mas que á saludaros... ya volveré...

Derval. Hortensia, hasta luego?

Mossard. Yo antes voy á dar una vuelta por mi casa: puede que mi Eugenia me necesite...

Fremont. Ea! que salgas como acostumbras. A la noche nos veremos. (*Derval se va con Mossard y Varennes: este al irse, echa una mirada de inteligencia á Paulina.*)

ESCENA IV.

PAULINA. FREMONT. HORTENSIA.

Hortensia. Es mucho Derval!... si no fuera porque la niña nos espera en el colegio, iriamos á oirle hablar... No es verdad, Fremont?

Fremont. Por supuesto! — Sabeis que debe envaneceros, Paulina, el tener un marido como ese? Qué abogado!... que hombre de tanto mérito!

Paulina. Sí.

Hortensia. Y sobre todo, qué amante de su muger!

Paulina. Sí... á su modo.

Fremont. Cómo á su modo?

Paulina. Sí tal... quiero decir, asi, gravemente...; en fin, segun su caracter...

Fremont. Eso consiste en su profesion... en su género de trabajo... Qué quereis!... no es facil que esté risueño y festivo el que pasa á veces dias enteros hojeando papelotes llenos de cruces y garabatos.

Paulina. Yo, amigo Fremont, no me quejo del carácter de Derval; pero no dejareis de conocer que es un poco frio... un poco grave, austero...

Fremont. Ba!... eso es en la apariencia... que es lo que menos importa. Pero bien sabeis que una sola idea es la que le ocupa: hacer vuestra felicidad: esto basta. Otra cosa seria, si tuvierais por marido á uno de esos mozalvetes que son amables, á espensas de otras cualidades

reales: muy alegres, muy amigos de divertirse... principalmente fuera de su casa.—Pero Derval!... pues no da gusto verle, cuando tiene un rato desocupado, pasarlo aqui con vos y con su hija? Entonces sí que manifiesta ser, como lo es, el mejor de los hombres!

Hortensia. Sí, sí... confesemos que no hemos salido las dos tan mal libradas de este albur del matrimonio. Fremont es un modelo... algunas veces me desespera, cuando tengo que ponerle la corbata... porque siempre se la ata á un lado!

Fremont. Yo no sé hacer esos lazos.

Hortensia. (*Riendo.*) Pero en este mundo no hay felicidad completa!—En fin, por lo que hace á Derval, digo que si no fuera muger de este pícaro... tendria á orgullo el serlo suya.

Fremont. Sí; pero ya lo eres mia!

Hortensia. Ay! que mi hija nos estará esperando!

Fremont. Es verdad!... pobrecita!

Hortensia. Volveremos esta noche, segun se ha convenido.

Paulina. Pues, hasta la noche.

Hortensia. Vamos, señor marido.

Fremont. Vamos, hija.

Hortensia. (*A Paulina.*) Ves que obediente?... pues siempre es asi. (*Llevándose á Paulina aparte.*) Qué es lo que tienes?... estás triste... cavilosa...

Paulina. No: te engañas...

Hortensia. Supongo que me confiarias tus penas, si las tuvieras?... ya sabes que te quiero como á una hermana.

Paulina. Sí, Hortensia, sí... pero créeme...; no tengo nada!

Hortensia. Me alegro!—Ea, maridito, el brazo. Hasta luego, Paulina.

Paulina. Hasta luego.

Fremont. Agur, Paulinita.—Tomaremos un cabriolé para llegar mas pronto.

ESCENA V.

PAULINA.

Ya estoy sola!... estos ratos los deseo... y los temo!... trabaja tanto mi imaginacion!... Cuando él no está aqui deseo verme sola, para que nada me distraiga de pensar

en él... pero tambien asi el corazon se ceba cada vez mas en esta pasion, que apenas ha nacido... y ya me tiene ciega! Hasta ahora, gracias al cielo, nunca le he visto sino delante de gentes... apenas puedo hablarle dos palabras... ni siquiera me atrevo á mirarlo.... pero solo con saber que está cerca de mí, soy tan feliz!—Ah! si el destino lo hubiera presentado á mis ojos en el fondo de la Turena, antes de dar mi mano á otro... cuantas gracias tendria que dar al cielo!—Me dijo que iba á volver... sí, volverá!... yo estoy temblando... Si le encuentran aqui... si Derval viene... Ah! que no vuelva... que no me vea... no!

Julian. (*Anunciando.*) El señor Hebrard.

Paulina. (*Sorprendida.*) El señor Hebrard!

ESCENA VI.

PAULINA. HEBRARD.

Paulina. Cómo es esto!... vos en Paris, señor cura?

Hebrard. Sí, hija mia: y no he venido solo; Ambrosio y Juana me han acompañado y estan ahi.

Paulina. Dios mio!... acaso mi hija?...

Hebrard. Tranquilizate: esta buena y sana: allá queda en poder de mi hermana Rosa, que la quiere con delirio... Pues qué, piensas, hija mia, que si le hubiera sucedido algo á tu Luisita, vendria yo tan tranquilo y tan sereno? No lo creas: la niña está hecha un angel del cielo!

Paulina. Bendito sea Dios!—Pero vuestra llegada repentina me sobresaltó al pronto... vamos, sentaos, señor Hebrard... aqui.—Y Ambrosio y Juana?... cómo no vienen?

Hebrard. No se habrán atrevido á entrar aqui sin limpiarse antes un poco.—Sabes que hace muchísimo tiempo que no nos vemos? Y el amigo Derval?

Paulina. En el tribunal está.

Hebrard. Bien!... oh! ya sé de él por los periódicos!... está haciendo una carrera honrosa y con gloria!... Vamos, Paulina, que no tuve mala mano para buscarte marido. Tu padre, que esté en gloria, me lo agradecerá desde allá arriba. Y yo á la hora de la muerte tendré el consuelo de dejar á la huérfana en poder de un hombre de

bien. — Te confieso que cuando te entregué á Derval, sentí asi... cierta pena... y no era mas que egoismo... te queria yo tanto!... como que me pesaba que hubiese venido á sacarte de la Turena...—A propósito; venimos á llevárnoslo por unos dias...

Paulina. Cómo?

Hebrard. Sí, hija mia... Ambrosio y Juana tienen precision de estar mañana en Rouen... y yo me he acordado de Derval, que les puede hacer á los pobres un señalado favor.

Paulina. Pues qué ha ocurrido, señor Hebrard?

Hebrard. Ay, Dios mio!... una desgracia. Perico, el hijo de esos pobres... tu hermano de leche... que es soldado y está de guarnicion en Rouen, ha tenido palabras con un oficial dias ha... El tiene tan mala cabeza como buen corazon... y creo que ha llegado á levantarle la mano... Las leyes militares son terribles... hemos sabido que le iban á hacer consejo de guerra...

Paulina. Ay, Dios mio!...

Hebrard. Conque yo me acordé de Derval... y hemos venido...

Paulina. Muy bien hecho!... él lo defenderá con todo el interes... Pobres padres!

Hebrard. Ahi vienen!...

ESCENA VII.

DICHOS.—AMBROSIO. JUANA.

Paulina. Entrad, amigos mios... Juana, dame un abrazo!

Juana. Mi querida señorita!

Ambrosio. Que Dios nuestro señor la conserve...

Juana. Ya os habrá dicho el señor cura que la niña queda tan hermosa?...

Paulina. Sí, Juana, sí...; ya sé el cariño con que la tratais.

Ambrosio. No la perdemos de vista... Y si no hubiera sido por esta desgracia!...

Paulina. Ya sé, amigos mios, ya sé el disgusto que teneis.

Juana. Ay, señorita!... podeis creer que á veces quisiera morirme si no tuviera la esperanza de que mi Perico ha de salir inocente.

Ambrosio. Vamos, muger... no hay que desconsolarse... confiemos en Dios... (*Limpiándose las lágrimas.*) que no ha de permitir...

Paulina. Sí, sí... tened confianza... Derval os devolverá vuestro hijo. (*Sentándose en medio de ellos.*) Cuanto gozo me causa veros! Yo no tardaré en ir á la Turena á buscar á mi Luisa; y á pasar unos dias con vosotros.

Ambrosio. Y vaya si se alegrarán en el pueblo!... Todos alli os quieren tanto!... Los viejos no os han olvidado.... y los muchachos... los muchachos vereis que crecidos estan, que da gusto verlos! (*Varennes aparece á la puerta.*)

Paulina. (*Aparte.*) El es!... Ay, Dios mio!

ESCENA VIII.

DICHOS.—VARENNES.

(*Varenes saluda, sin hablar, á Paulina: el cura y los dos forasteros se ponen en pie: hay un momento de silencio en que Paulina, turbada, no sabe que hacer.*)

Paulina. Señor cura... este caballero es... un conocido de.. un amigo de casa.

Hebrard. (*Saludándole.*) Muy señor mio...

Varennes. (*Aparte á Paulina.*) Esperaba encontraros sola....

Paulina. (*Aparte á Varennes.*) Silencio por Dios! (*El cura ha fijado los ojos en Varennes, y se ha quedado pensativo.*)

Hebrard. Hija mia, nos retiramos. Creo que Ambrosio y Juana querrán descansar... y yo tambien me alegraria... tanto mas, cuanto que esta noche nos hemos de poner otra vez en camino... Asi que venga el señor Derval le hablaremos del asunto... Conque, hasta luego, hija mia.

Paulina. Hasta luego, señor cura... Amigos mios, descansad. (*Llama: sale Julian.*) Lleva á estos señores á las habitaciones que dan al jardin.

ESCENA IX.

PAULINA. VARENNES.

Varennes. Conozco, señora, que mi venida os ha molestado; perdonadme; no he podido resistir á mi impaciencia... vos mas feliz que yo, podeis esperar: amais menos, y estais mas tranquila!

Paulina. Mas tranquila, cuando he perdido de todo punto el sosiego!... vos no podeis comprender la zozobra, la turbacion que he esperimentado en presencia de esos que se acaban de marchar! dos honrados aldeanos que me han visto nacer, un digno sacerdote, delante del cual no me atrevia á levantar los ojos, porque me representa á Dios y á mi padre!... mas tranquila, decis?... No!... mas inquieta y mas infeliz!

Varennes. Infeliz!... por qué?... porque habeis escuchado la declaracion de este amor que me inspirasteis?... Infeliz?.. y qué diré yo, que aun no he logrado una sola vez veros sin testigos?... qué diré yo, que aun no he oido de vuestra boca una palabra que confirme lo que vuestros ojos me han dicho tantas veces?...

Paulina. Y no basta eso para perturbar el sosiego de mi vida? Esas miradas de amor que os he dirigido, y que os han descubierto lo que pasa en mi alma, creeis que no son ya por sí solas un crimen suficiente á acibarar todos los instantes de mi vida?... Yo no descanso!... á cada momento se me figura que van á sorprender mi secreto!... Y decis que ama menos que vos la muger que arrostra por amor un suplicio tan cruel y tan continuado?

Varennes. Y no sufro yo tambien otro suplicio igual? Por vos he abandonado la sociedad que antes me deleitaba... por consagraros mi vida entera!... y mientras gimo en la soledad y el aislamiento... otro hombre está á vuestro lado y goza vuestras caricias!

Paulina. Ah! no le nombreis!... ese hombre es bueno, es generoso, es honrado!

Varennes. No me hableis de él, si quereis que oculte en mi alma el resentimiento que le tengo por habérseme anticipado en vuestro amor!

Paulina. Ah!... por qué nos hemos visto tan tarde!

Varennes. Y qué importa, Paulina!... qué importa, si aun podemos amarnos!

Paulina. Amarnos!... ah! solo el escuchar esa palabra es un crimen!...—Pero el tiempo se va pasando... no os detengais mas... si vuelve y os halla aqui, qué pretesto habeis de dar á esta visita? Idos, por Dios, idos!

Varennes. Esto es!... apenas nos hemos visto un instante... yo tengo que ceder el puesto á ese hombre... á ese hombre que tiene derecho de veros á todas horas!

Paulina. (*Azorada.*) Oís?...

Varennes. Qué?

Paulina. Oigo su voz!... él es!... (*Corriendo á la puerta y escuchando.*) Es Derval! soy perdida!

Varennes. Tranquilizaos... yo hallaré una disculpa... un pretesto... que justifique mi vuelta... Serenaos!

Paulina. No!... yo no podré disimular mi turbacion! (*Indicándole un gabinete.*) Entrad alli!... entrad! (*Varennes entra en él.*) Dios mio! Dios mio!... (*Entrase en su cuarto.*)

ESCENA III.

DERVAL. MOSSARD.

Mossard. Conque otro nuevo triunfo?

Derval. Pues no has estado en el tribunal?

Mossard. No: me he detenido en casa mas de lo que habia pensado, á causa de mi primo el capitan.

Derval. Hola!

Mossard. Sí... el pobre muchacho!... mi muger no hace mas que crucificarlo á desaires!—Ya oiste que dije, voy á dar una vuelta por casa á ver si mi muger quiere algo?... Pues señor, voy... entro... llamo á la puerta de su cuarto, y nadie me responde: vuelvo á llamar:.. nada!... y ella estaba dentro!... trato de abrir... imposible! Pues señor, aburrido ya, me voy á mi cuarto... y á quien dirás que encuentro en él?... á mi primo el capitan!

Derval. (*Aparte.*) Pobre Mossard!—Y qué?

Mossard. Segun me dijo le habia sucedido lo mismo que á mí: habia llamado, y no le habia querido abrir.—Te esplicaré la localidad de mi casa. De mi cuarto, donde

estaba mi primo el capitan, al cuarto de mi muger, hay una puerta de comunicacion: empecé tambien á llamar alli... pero nada!... la habia atrancado ella por dentro: vamos, hace unas cosas con el primo, que ya tocan en groseria!... es mucha muger mi Eugenia!

Derval. Tú estás loco con tus aventuras!

Mossard. Dónde vas?

Derval. A ver á Paulina.

Mossard. Seria curioso que tampoco te respondiera, como mi muger!

Derval. A mi... me responden siempre! (*Llama al cuarto de Paulina.*) Pues no abre! (*Aparte.*) Cosa estraña! ella no iba á salir... los criados no me han dicho que haya salido. (*Vuelve á llamar.*)

Mossard. (*Riendo.*) Que tal! ah, ah, ah!

Derval. (*Aparte.*) Si Mossard no estuviera delante!... Ah! no creerá que soy yo quien llama.

Mossard. Qué te decia yo..., qué te decia yo!

Derval. Eh! déjame en paz con tus necedades.— Vamos.... voy á llevar estos papelotes á mi cuarto.

Mossard. No, no!... (*Tomándole los papeles.*) Tú vienes harto abrumado de laureles... descansa, Ciceron!— Yo llevaré los mamotretos. (*Abre la puerta del gabinete y suelta la carcajada.*) Ah, ah, ah! el lance es chistoso!... igualito... igualito al mio... Te presento al caballero Varennes.

Derval. (*Aparte sorprendido.*) Varennes!

ESCENA XI.

DERVAL. MOSSARD. VARENNES.

Mossard. Hola, amiguito..., qué haciais ahi dentro?

Varennes. Esperaba al señor Derval, para suplicarle que tuviese la bondad de estender una consulta relativa al asunto que antes le indiqué... y que ya no admite demora...

Derval. Lo haré con mucho gusto, señor de Varennes.

Varennes. (*Dándole un papel.*) Aqui teneis una nota del pleito... si pudierais estender hoy la consulta, lo estimaria... porque esta noche salgo para Amiens.

Mossard. Os vais á Amiens?

Derval. Señor de Varennes, examinaré el negocio, y os responderé con brevedad.

Varennes. Os doy de antemano las gracias, y no abuso mas... Hasta la vista, señor Derval.

Derval. Servidor vuestro!

Mossard. (*A Varennes.*) Tambien yo me marcho... Salgamos juntos. Hasta luego, Derval... ya volveré.

Derval. Bien: hasta luego.

ESCENA XII.

DERVAL.

(*Siéntase, y permanece pensativo.*)

Estaba aquí!... y Paulina no me ha respondido!... Ese pleito de que me ha hablado en términos tan vagos... será quizá un pretesto?... Eh! celos ahora!... yo que siempre he tenido tanta confianza... sospechar de Paulina!... no, no!—Por qué infernal casualidad, todo lo que cuenta Mossard viene á coincidir con lo que á mí me pasa?...—Vamos á cuentas. Mi conducta no es demasiado austera, demasiado grave?...—Paulina es tan joven todavia!... conocerá cuanto la amo, viéndome sin cesar dedicado á mis tareas?... Y por qué lo hago, por qué, sino por ella y por mi hija!... por ella sola tengo este afan de adquirir gloria y riquezas!... Ah! sí, sí lo conocerá... no puede menos!... y no es posible que haya nadie que consiga perturbar nuestro mútuo cariño... Oh! eso seria terrible! —Vaya, vaya!... Dios me libre de semejantes pensamientos!... Dios nos conserve en esta santa union, sin la cual se marchitaria mi existencia! (*Paulina abre la puerta de su cuarto, y no se atreve á salir.*)

Paulina. (*Aparte.*) Está solo... no me atrevo á acercarme!... pero no hay remedio... es preciso! (*Da algunos pasos: Derval se vuelve y la ve.*)

ESCENA XIII.

DERVAL. PAULINA.

Derval. Eres tú, Paulina?

Paulina. Sí... yo soy.

Derval. Ven acá... ven!... (*Paulina se acerca: Derval la toma la mano.*) Poco há, llamé á la puerta de tu cuarto... y no me respondiste.

Paulina. Es que... sabia que no estabas solo... me iba á vestir... y por eso...—Sabes que ha venido el señor Hebrard, el cura... con Ambrosio y Juana?

Dsrval. Y no me lo decias!... Y á qué vienen á Paris?... La niña...

Paulina. No te asustes... no es nada de eso... Ya te dirán lo que quieren... ahí viene el señor cura!

ESCENA XIV.

DERVAL. PAULINA. HEBRARD.

Hebrard. Oh! que ya está aquí!... Buenos dias, mi amigo Derval!

Derval. Muy bien venido!... (*Abrazándolo.*)

Hebrard. Sabeis que vengo á sacaros del lado de la esposa?

Derval. Por qué?

Hebrard. Porque teneis que venir á Rouen, á defender al hijo del pobre Ambrosio... es un delito de indisciplina.... Yo he dejado mis feligreses encargados al teniente, y me he puesto en camino con estos dos: los demas estan contentos..., estos estan afligidos; era preciso acompañarlos.

Derval. Sí!... pronto estoy á seguiros cuando gusteis.

Hebrard. Es que, amigo mio; será necesario marchar esta misma noche.

Derval. Marcharemos esta noche.

Hebrard. En horabuena!... Dios os ayudará y coronará la obra.—Qué es eso, Paulina?... estás afligida por la marcha de tu esposo?... Dentro de tres ó cuatro dias estará de vuelta. (*Poniéndose entre los dos y tomándoles las*

manos.) Venid acá, hijos mios!... Vamos, la verdad. seguís siempre siendo felices?

Derval. Siempre, señor cura.

Hebrard. Y tú, Paulina?

Paulina. Yo? tambien... soy muy feliz.

Hebrard. Lo creo!... un marido asi... una hija como un sol... el dinero en aumento... la fama de Derval creciendo cada vez mas... un amor inalterable...; qué mas apeteceis en este valle de lágrimas!

Derval. Yo no apetezco nada, señor cura, sino que Paulina sea feliz!

Paulina. Sí, Derval, lo soy... (*Aparte.*) Dios mio!

Hebrard. Vamos, Derval; que no serán solamente los triunfos del foro los que os hagan feliz. Cuando un hombre gasta su vida trabajando, á la muger le toca recibirlo en casa con cariño, y consolarlo de sus fatigas; este es tu deber, Paulina... y supongo que asi lo harás?

Derval. (*Aparte.*) Qué agitada está!—Amigo mio, voy á disponer la maleta, y vuelvo á buscaros.

Hebrard. Id con Dios, id...

Derval. Pronto despacho.

ESCENA XV.

HEBRARD. PAULINA.

Hebrard. (*Aparte despues de reflexionar.*) Aqui anda alguna pena oculta... mucho temo que la felicidad haya huido de este matrimonio! (*Dirigiéndose á Paulina, que ha permanecido pensativa.*) Hija mia!

Paulina. Señor cura!

Hebrard. (*Sentándose y tomándola la mano.*) Te acuerdas, Paulina, de aquel dia en que Derval vino á pedirme tu mano?—Caballero, le dije, el padre de Paulina y yo hemos sido como hermanos: al morir me la dejó, diciéndome: «Hebrard, tú serás desde hoy su padre!» Se lo ofrecí... y en efecto, desde aquel dia la amé con entrañas paternales; yo os la doy por esposa: sed feliz con ella... y sea ella feliz con vos!

Paulina. Bien me acuerdo!

Hebrard. Pues Paulina... mis votos no se han cumplido.... tú no eres feliz, hija mia!

Paulina. Quién os ha dicho?...

Hebrard. Nadie... pero yo tengo una larga y triste esperiencia de los pesares humanos, y... se te estan saltando las lágrimas, criatura!... — Tendré que reconvenir á Derval?...

Paulina. Ah! no, no!... él es siempre el mismo... os habeis engañado...

Hebrard. «No mentir,» dice la ley de Dios, que en otro tiempo aprendias sentada en mis rodillas. Paulina, tú ocultas un secreto en tu corazon!... no me lo confiarás?... no sabes mi indulgencia? Yo no soy severo, porque sé lo que es el mundo y la flaqueza humana!

Paulina. (*Aparte.*) Ah! nunca, nunca!... me moriria de vergüenza á sus pies!—No tengo nada que confiaros, padre... nada!

Hebrard. Bien... no quiero violentarte á una confesion...— Cuando quieras, hallarás en mí un amigo dispuesto á compadecerte y á consolarte.—Silencio!... aqui viene Derval.

ESCENA XVI.

DICHOS.—DERVAL.

Derval. (*Que saca una capa sobre el brazo.*) Señor cura... ya estoy listo.

Hebrard. Perfectamente, amigo mio... Voy yo á disponerme. (*Entrase.*)

Julian. (*Anunciando.*) El señor Mossard... el señor Fremont y su señora.

Derval. Estos pobres, que vienen á pasar la noche en nuestra compañía!...

ESCENA XVII.

DICHOS.—MOSSARD. FREMONT. HORTENSIA.

Fremont. Qué es lo que acaban de decirnos!

Mossard. Cómo!... te vas?

Hortensia. Y no nos habiais dicho nada!

Derval. Si el viage ha sido cosa repentina...—Pero celebro

que hayais venido, para que hagais compañia á mi muger.

Hortensia. Con mucho gusto.

Mossard. Pero á dónde vas, hombre?

Derval. A Rouen.

Mossard. Ah! y ese calavera de Varennes, que tambien decia que se marchaba!...

Derval. Y qué?

Fremont. Ahora acabamos de encontrarlo en esta misma calle.

Mossard. Qué se ha de ir!... algun embolismo suyo...

Paulina. (*Aparte.*) Gran Dios!

Derval. (*Aparte.*) Era mentira!... Ah! vuelven mis sospechas!... Y he de marchar en esta incertidumbre!... he de marchar sin descubrir...

Julian. Señor, el coche está á la puerta.

Derval. Bien.

Hebrard. (*Saliendo.*) Vamos, Derval... ya sabeis que la diligencia no espera.

Fremont. Mi muger y yo cuidaremos á Paulina durante tu ausencia...

Derval. Gracias, amigos mios!

Mossard. Ea!... adios, Derval!

Hortensia. Que sea pronto la vuelta.

Derval. Sí... dentro de pocos dias. Adios! (*Abraza á Paulina.*) Adios, amigos... (*Da la mano á Fremont y á Mossard, y se va con el cura.—Los criados sacan luces.*)

ESCENA XVIII.

PAULINA. MOSSARD. FREMONT. HORTENSIA.

Mossard. Ea! esta ausencia no debe alterar el plan de nuestra tertulia. Paulina!... dejad esa tristeza!... Vaya, vaya! lo mismo es que mi Eugenia, cuando tengo que ausentarme!... Lo apurada que ella se pone!... pobrecilla!... Asi que trato de hacer un viage, ya está en un pie... dándose una prisa á arreglarlo todo para que no me detenga... Qué buena muger!... qué cariño me tiene!... No, no!... y todo el mundo la hace justicia... todo el mundo!... escepto mi primo el capitan... Oh! á ese no hay que hablarle de ella... se pone de uñas!...

Hortensia. Tratemos de distraer á la pobre Paulina.

Paulina. (*Aparte.*) Si le ocurre venir!...

Mossard. Fremont... una partida de damas?

Hortensia. Es cosa divertida para nosotras.

Paulina. Si quieres... seguiremos nuestro bordado...

Hortensia. Bien.

Mossard. (*Disponiendo el tablero.*) Vamos nosotros.

Fremont. Y si os gano?

Mossard. Ganarme á mí?... en cosa de damas?... Pobre Fremont!

Hortensia. Y cuidado con disputar! Fremont cuando juega á las damas ó al ajedrez, se pone feroz!

Paulina. (*Aparte.*) Si viene y halla gente, se quedará...

Hortensia. Qué haces, Paulina?... estás dando tijeretadas al tul!—Vamos, la marcha de Derval te ha trastornado!...—Ah! y á propósito, dónde iria, poco há, el caballero Varennes tan distraido...

Mossard. Toma!... á donde van siempre esos calaveras, conquistadores de profesion... á hacer víctima á alguna infeliz... (*A Fremont jugando.*) Me como estos tres.—Traerá entre manos alguna aventura... que ya se contará por ahí...

Paulina. (*Aparte.*) Lo que estoy sufriendo!

Julian. (*Con una carta.*) Esta carta de parte del señor de Varennes.

Hortensia. (*Sorprendida, toma la carta y se la da á Paulina.*) Ah!

Mossard. Calla! pues cómo!...

Paulina. (*Turbada.*) Esta carta es sin duda para mi marido.

Fremont. (*Aparte.*) Se ha turbado!

Mossard. (*Jugando.*) Y soplo la dama.

Hortensia. Qué tienes, Paulina?... te has puesto pálida!

Paulina. Si... no estoy buena... quisiera acostarme...

Hortensia. Y por qué no lo has dicho!

Mossard. (*Levantándose.*) La ida del esposo!... lo mismo que mi Eugenia!

Fremont. Vámonos!... vámonos!

Paulina. Lo siento, amigos mios; pero estoy tan desazonada!...

Mossard. No hay que afligirse tanto!... qué significa un viage á Rouen?

Paulina. No es eso precisamente...
Fremont. Ea, buenas noches... y aliviarse.
Paulina. Adios, Hortensia... adios, señores.

ESCENA XIX.

PAULINA.

Una carta!... qué imprudencia!...—Qué me dirá? (*La abre y lee.*) «Vuestro marido ha marchado... es preciso que yo os hable... Iré esta noche, cuando esteís sola...»—Va á venir!... aqui... en ausencia de Derval!... Ah! no, no le veré... no quiero verle!... Pero si le mando que se vaya, no me obedecerá, no; porque mis ojos desmentirán mis palabras! — Dios mio! por qué no está mi hija conmigo... y buscaria un refugio en la ternura maternal!— Y Derval!... Derval!... Pero Dios mio! cómo es que, á pesar de conocer las buenas prendas de mi esposo, el corazon me inclina á otro hombre!... Fatalidad... fatalidad que me va á costar acaso el sosiego de toda la vida!—No, no!... no quiero verle! (*Llama: sale Julian.*) Luz á mi cuarto. (*Julian toma una luz y la lleva al cuarto de Paulina.*) Qué dichosa es Hortensia!... ella puede dormir tranquila! Ah! quién me vuelve el sosiego... el sosiego del alma!... (*Entra en su cuarto, diciendo á Julian que sale al mismo tiempo.*) A cualquiera que venga, que no recibo: á cualquiera! (*Así que ha entrado Paulina en su cuarto, aparece Derval por el foro.*)

ESCENA XX.

DERVAL. JULIAN.

Derval. Chit!... silencio, Julian!—Escucha: tú eres fiel y callado: un negocio de interés me ha obligado á volverme y entrar en casa... se trata de la suerte de una persona que debe venir aqui á buscarme... Es preciso, pues, que nadie... nadie sepa en casa que he venido... ni mi muger... porque podria asustarse.— Dentro de media hora irás á buscarme una silla de posta, y harás que me espere á la vuelta de esta calle... Anda, Julian.
Julian. Está bien, señor.

ESCENA XXI.

DERVAL.

He hallado un pretesto que dar al señor Hebrard, y llegaré á Rouen al mismo tiempo que ellos... Me era imposible marchar con esta duda que me destroza el corazon!... Duda?... no!... ojalá lo fuera! una conviccion repentina y terrible ha penetrado en mi alma!... Sí; ese hombre rondaba la calle para acechar mi marcha... y aqui vendrá... sí, vendrá!... Conviccion horrible... pero que la tengo aqui... aqui está... punzante, inflexible, irrecusable!—Estará Paulina de acuerdo con él... ó habrá él sobornado á alguno para que le introduzca en su habitacion?—Es igual!... si él llega á entrar... el crimen es evidente.—Ah! era yo demasiado feliz!... Paulina!... hija mia!... (*Se enjuga las lágrimas.*) Y cómo es que hasta hoy no he notado su tibieza delante de mí.... su conmocion en presencia de ese hombre!... Y yo, pobre mentecato, que aun no me parecia que la pagaba todo su amor!...—Qué ruido es ese!... en la puerta del jardin!... El es!.. sí... él es! (*Toma las pistolas que, al salir, dejó con la capa en una silla.*) Si yo le mato en el umbral de esa puerta, se llevará este secreto á la tumba... y mi duda quedará en pie!... No! (*Entrase por el foro y cierra la puerta. Sale Varennes por el cuarto de Derval.*)

ESCENA XXII.

VARENNES.—*Luego* PAULINA.

Varennes. Por fin... gracias á la llave que pude adquirir, he llegado hasta aqui... Yo necesito ver á Paulina!... El mundo ha puesto una barrera entre los dos... pero el amor allana todos los obstáculos.—Aquel es su cuarto.... tiene luz. (*Llama.*)

Paulina. (*Abriendo.*) Quién es?... Vos... vos aquí!

Varennes. Sí, Paulina... y si es cierto que me amais, no me mostreis enojo.—He venido, porque podia entrar sin que ninguno de la casa me viera... he venido porque veros y no hablaros de amor es un suplicio que ya no puedo

tolerar... he venido, en fin, porque estaba decidido á aventurar mil veces la vida, por pasar una hora, un instante solo con vos!

Paulina. Ah! infeliz de mí!... soy perdida!... No veis que con este paso comprometeis mi honor... el de mi esposo... hasta el de mi hija!... Idos, Varennes, idos!... y si alguien os ve salir... me caigo muerta!

Varennes. Tranquilizaos, por Dios, tranquilizaos!... Pero en qué fundais esos temores?... Nadie ha penetrado el secreto de nuestro amor...

Derval. (*Saliendo.*) Escepto yo, caballero!

Paulina. (*Cayendo en una silla.*) Ah! él es!

Varennes. Derval!

ESCENA XXIII.

VARENNES. PAULINA. DERVAL.

Derval. Chit! silencio!... silencio los dos! (*Cierra con llave la puerta del foro.*) Y pedid á Dios que nadie venga á ser testigo de mi afrenta.

Varennes. Señor Derval!...

Derval. Qué me vais á decir?... alguna mentira sin duda!... Y sabeis, ante todas cosas, si yo quiero escucharos? sabeis si quiero escuchar á un hombre que ha caido en mis manos, á un hombre que puedo matar?... Sí señor! puedo aqui mataros impunemente! (*Le apunta con una pistola al pecho.*) No movais los labios, señora... porque una palabra de vuestra boca será la sentencia de su muerte! —Miradle!... miradle temblando!... como que sabe que ha llegado su última hora!—No es verdad que los adúlteros tienen unos momentos de miedo espantosos!

Varennes. Miedo!... miedo!... No! estoy pronto...

Derval. Qué quereis decir con eso?... un duelo? Y si yo os mato, dónde está la reparacion?—y si muero, qué será de mi hija?... de mi hija, que acaba de perder á su madre!

Varennes. Entonces, qué es lo que quereis? Yo estoy pronto...

Paulina. Dios mio!... (*Arrastrándose á los pies de Derval.*) Ah! Derval!...

Derval. No temais, señora!—Decidme solamente si teneis alguna queja de mí: decidme si no os he mostrado constantemente estimacion y amor: decidme si por culpa mia os habeis precipitado en este abismo!...

Paulina. No!... no!

Derval. En ese caso, acabais de condenaros á vos misma... acabais de haceros justicia!

Paulina. Es que no soy tan criminal que no pueda levantar aun los ojos hácia vos!...

Derval. Qué vais á decir?... que vuestra culpa se limita solo á amarle? Bien; lo creo.—Pero vos no podeis vivir lejos del que amais... cerca del que aborreceis... ni al lado de vuestra hija, que podia haber estado aqui cuando entró ese hombre...— Basta, señora: todo ha concluido entre los dos!

Paulina. Ah! por Dios! revocad esa horrible sentencia!... no me priveis de mi hija!

Derval. Vuestra hija!... yo la enseñaré á amar á su madre y á pedir á dios por ella; sí, por mi hija, por el honor de mi hija solamente!... trataré de que el mundo no os acuse... pero vivireis separada de ella... porque yo voy á separarme de vos.

Paulina. Ah! matadme!... matadme!

Derval. No, señora!... quedaos y vivid! (*Enternecido.*) ~~Cruel! ay cielo!... qué te hice yo para que asi destruyeras la tranquilidad de toda mi vida!... la felicidad que disfrutaba!...~~ (*Volviéndose á Varennes, y dirigiéndose á la puerta por donde este entró.*) Pasad, caballero: vos saldreis de aqui conmigo!

Acto segundo.

La escena es en Dieppe.=El teatro representa la sala de una fonda.

ESCENA PRIMERA.

CATALINA. JOSÉ. CRIADOS.

(*José compone la sala: otro criado coloca lios y baules: otro llega con cartas.*)

Catalina. Ea, vamos despachando!... ya han dado las siete, y la diligencia de Paris no tardará en llegar: José, ya sabes que no quedan mas que dos cuartos desocupados... asi que se tomen... los demas viageros que vengan á los baños, irán á otra fonda con la música.—Para quién son esas cartas? (*Las toma y mira los sobres.*) «Al señor Derval...» Cuando vuelva: siempre está de paseo!—«Al señor Derval...»—«A la señora de Fremont...» José, llévales corriendo estas cartas: esos sí que son huéspedes como á mí me gustan!... y tambien el señor cura que está con ellos!...

José. (*Que ha ido á dar las cartas y vuelve.*) Ya he entregado las cartas, señora ama.

Catalina. Bien, José: anda, que ya habrá llegado la diligencia... á ver si te traes los dos huéspedes que nos faltan...

José. Voy, señora.

ESCENA II.

CATALINA. MOSSARD.

(*Mosard sale cargado de lios, y seguido de un criado cargado tambien.*)

Mossard. Buenos dias, patrona.

Catalina. Servidora vuestra, señor...

Mossard. Hacedme el favor de no decir mi nombre.

Catalina. Antes es que yo le sepa.

Mossard. Ya lo sabreis, no os dé pena: yo no viajo clandestinamente. (*Al criado.*) Eh! con cuidado, hombre, con cuidado!... no vayas á romper...—El señor Derval está aqui de huesped; no es verdad, señora?

Catalina. Sí señor.

Mossard. Bravo! pues por eso quiero guardar el incógnito: porque habeis de saber que Derval es un amigo mio... un amigo íntimo, y... Pobre Derval! lo que menos espera él es encontrarse aqui conmigo!... Quiero sorprenderlo.... presentarme á él de repente... la escena será chistosa!... Cuál es su cuarto?

Catalina. Aquel.

Mossard. Bien; pues dadme á mí aquel de enfrente.

Catalina. No puede ser, caballero: lo ocupa una señora que llegó ayer tarde...

Mossard. Una señora?... y joven?

Catalina. Creo que sí.

Mossard. Bonita?

Catalina. No lo sé.

Mossard. Cómo que no lo sabeis?

Catalina. No señor; porque ni un momento se ha levantado el velo... y hoy por la mañana aun no ha llamado á la campanilla.

Mossard. Oiga!... si querrá dar otra sorpresa?... Vamos... creo que me voy á divertir en Dieppe. Ha sido buena idea de mi primo el capitan la de animarme... Y en qué cuarto vais á ponerme, patroncita?

Catalina. En el piso principal... hay unas vistas hermosas!

Mossard. Corriente; pero guardad secreto... Ya os he dicho...

Catalina. Perded cuidado.—Y qué nombre pongo en el registro?

Mossard. Antonio Mossard... casado... propietario.

Catalina. Bien está.—Cuando gusteis os llevaré...

Mossard. Vamos: voy á disponer la sorpresa.

ESCENA III.

HORTENSIA PAULINA.

(*Hortensia sale del cuarto de la derecha, se cerciora de que no hay nadie, cruza la escena, y va á llamar á la puerta del cuarto de la izquierda: Paulina sale de él con precaucion.*)

Paulina. (*Echándose en los brazos de Hortensia.*) Hortensia!...

Hortensia. Con cuánto gozo te vuelvo á ver!

Paulina. Ah! qué buen corazon tienes!... y cuántas gracias te doy!... Tú no me has abandonado!.... tú has seguido siendo mi amiga!

Hortensia. Y por qué no?—Pobre Paulina!... te quiero mas que nunca, porque eres desgraciada.

Paulina. Si alguien viene...

Hortensia. No temas: Derval y Fremont no saldrán tan pronto: los demas de la fonda, qué importa? Por qué han de estrañar que dos mugeres estén aqui en conversacion?

Paulina. Veo que recibiste mi carta?

Hortensia. Y tú, sin aguardar la contestacion, te pusiste en camino?

Paulina. Sí, Hortensia!... no he podido dominar mi impaciencia!... Queria ver á mi hija... verla á cualquier costa... y me he puesto en marcha!—Desde aquel fatal momento en que Derval se alejó de mí, he vivido sola, aislada, sumida en lágrimas y desesperacion! Quise volverme á la Turena, y no me atrevia... porque se me figuraba que todos allí sabrian... Pues nó: llegué y me recibieron con afabilidad y respeto: Derval no me habia acusado... mira qué generoso!... Ah! ya voy conociendo cuánto vale su corazon!... y en el mio siento ahora nacer amor!.... Sí, amor hácia él.—Supe que estábais en Dieppe... y no pudiendo ya resistir al deseo, al ánsia de ver á mi hija....

he venido aquí! Haz que la vea, que la estreche en mis brazos!... Ah! yo necesito ese momento de felicidad maternal para soportar él peso de esta existencia de maldicion!

Hortensia. Sí, Paulina, tranquilízate, la verás.., pero es preciso obrar con prudencia...

Paulina. Ya entiendo... Derval no querria... no lo consentiria... es inflexible!... inflexible!...

Hortensia. Quien sabe, Paulina!... dejemos al tiempo...

Paulina. Conozco que no tengo derecho de quejarme... pero el castigo es horrible, Dios mio!... horrible!... (*Rompiendo á llorar.*) y él me juzga mas culpable de lo que soy!

Hortensia. El te compadece, Paulina... pero...

Paulina. Piensa tal vez que me he aprovechado de esa triste libertad en que me dejó para entregarme á aquel fatal amor? No, Hortensia! yo he visto á Varennes á mis pies, suplicándome que le escuchase, y he huido de él, y he jurado que todo habia concluido entre los dos!... todo!—Sí; he huido de él para siempre... y luego, la memoria de lo pasado, de aquel tiempo en que yo era feliz al lado de Derval, al lado de mi hija, al lado vuestro... me ha entregado á amargas cavilaciones. He de pasar asi la vida, Dios mio!— Tú eres madre, como yo, Hortensia, y si te quitaran tu hija... Ah! eso es horroroso!

Hortensia. Animo, Paulina: ya sabes cuanto te quiero y cuánto deseo verte feliz. Vamos, verás á tu hija... yo me he empeñado en ello, y lo lograré. Por Dios!... no hay que desesperar asi... cuando Derval sepa que has huido de Varennes... — Escucha: hoy mismo empezaré el ataque... No salgas de tu cuarto sin que yo te avise... verás á tu Luisa... por de pronto, de lejos... Pero cuidado! que nadie sepa tu llegada hasta el momento favorable.

Paulina. Bien, bien. Ni aun la patrona me ha visto la cara... y yo tomaré precauciones...

Hortensia. Eso es.—Ahora vete á tu cuarto... y ánimo!

Paulina. Ah! cuanto te quiero!...

Hortensia. Y yo, Paulina! (*Ambas se abrazan: Paulina se entra en su cuarto.*)

ESCENA IV.

HORTENSIA. DERVAL. FREMONT. LUISA.

Derval. (*Que sale triste y desfigurado, trayendo de la mano á su hija.*) El señor cura no viene á paseo con nosotros, Fremont?

Fremont. No: y si sale, será para ir á la iglesia: nosotros iremos hácia el muelle.

Derval. Mucho gusto me ha dado en venir á visitarnos á Dieppe ese digno eclesiástico: tiene en la paz de su rostro, en la bondad de sus palabras un no sé qué de patriarcal que anima y consuela. Qué haceis por aqui, Hortensia?

Hortensia. Nada... os estaba esperando... Luisita, no vienes á darme un beso? (*Besándola.*) Pobrecilla!... por qué no le preguntas á papá cuando vendrá mamá?

Derval. Qué os estaba diciendo la niña?

Hortensia. Preguntaba cuándo vendria su mamá,

Derval. Hija mia, ya sabes que está en Turena... no puede venir todavia... mas adelante... (*Luisa se abraza á Hortensia y se echa á llorar.*) Fremont, esto me mata!.... tener que mentir á esa inocente, que engañar su corazon!... es cosa cruel!—Ah! si aquella desventurada hubiera sabido resistir...

Fremont. Pues bien, amigo mio, ya que no has podido perdonarla, acuérdate que eres padre... piensa en tu salud... no te dejes dominar por la tristeza...

Derval. Quieres que me ponga á hacer el papel de héroe, cuando tengo el corazon despedazado?... y para qué? para volver al foro á continuar mi profesion... eh! qué me importa!—Ademas que al fin y al cabo todo se ha de saber... y yo quiero que me coja prevenido. Cuando llegue á caer sobre mí el ridículo de marido engañado, ya estaré oculto en la soledad, y nadie tendrá el gusto de echarme miradas irónicas.

Hortensia. Y por qué se ha de saber? Vos lo habeis ocultado de manera, que nadie lo sabe mas que nosotros...

y Paulina ha sabido ponerse á cubierto de las acusaciones del mundo...

Derval. Y él!... y él!... se descuidará en publicar una conquista que le hace honor!... oh! sí, mucho honor!... tres existencias deshonradas... Ah! á no haber sido por esa niña, yo le hubiera muerto, ó él me hubiera muerto á mí! — Perdonad, amigos mios, me haceis el favor de acompañarme, y el modo que tengo de pagaros, es haceros participar de mi melancolia... perdonadme! Ahora conozco cuánto la amaba!—Ea, venís?... ven, hija mia! (*La abraza con estremo.*) Vos no saldreis tan de mañana, Hortensia?

Hortensia. Sí... allá iré á buscaros.

Fremont. (*Aparte á Hortensia.*) Yo no debo separarme de él!... Pobre Derval! (*Al ir á marchar Derval, Fremont y Luisa, se presenta repentinamente Mossard.*)

ESCENA V.

DICHOS.—MOSSARD.

Mossard. Alto ahi!

Derval. Fremont. Hortensia. Mossard!

Mossard. El mismo!

Fremont. El diablo que imaginára!...

Mossard. Os he querido sorprender.

Fremont. Y muy agradablemente!

Hortensia. Siempre sois el mismo, señor Mossard!

Mossard. Gracias por el elogio.

Hortensia. (*Aparte.*) Calla! lo toma por elogio!...

Mossard. (*A Derval.*) Y tu muger?

Hortensia. (*Con prontitud.*) Está en Turena.

Mossard. En Turena? Vaya, Derval, está visto que los dos tenemos el mismo sino! Cuando mi muger está en Paris, yo estoy en Dieppe: cuando tú estás en Dieppe, tu muger está en Turena... (*Riendo.*) Eh, eh!... es cosa curiosa!—Pues habeis de saber que echaba tanto de menos á mi buen Derval, que era cosa de no pasar un dia sin mentarlo... le quiero tanto!... hasta que al fin, mi primo el capitan me dijo: hombre, vete á paseo... á distraerte!

Fremont. Se conoce que cuida mucho de vuestra salud.... cuando os envia á paseo...

Mossard. (*Riendo.*) Eh, eh!... es verdad! Conque yo le dije: pero dónde quieres que vaya? Si pudiera averiguar dónde está Derval!... no se sabe su paradero desde que fue á Rouen á defender á aquel soldado que sacó libre. Nadie sabe en Paris á qué achacar esa ausencia misteriosa.—Pues señor, mi primo el capitan se dió tal maña, que al cabo descubrió que estabas en Dieppe, y me animó á venir, á pesar de las lágrimas de mi pobrecita muger.

Fremont. (*Riendo.*) De veras?... lloró mucho?

Mossard. Como una Magdalena!... Oh! mi Eugenia es muy sensible! (*A Derval.*) Qué triste estás; hombre!

Derval. No.

Hortensia. (*Aparte.*) Qué necesidad teniamos ahora de este majadero!

Mossard. Qué! es cosa de que se fastidia uno en Dieppe?... pues aqui, á orillas del mar... del caudaloso Océano... No! lo que es yo, pienso divertirme... y me alegro de haber venido, para alegraros un poco. El buen Derval! el honrado Fremont!... la linda Hortensia!... — Pero sepamos: por qué no está aqui Paulina?

Hortensia. Porque está en Turena, señor Mossard!

Fremont. Y no puede estar aqui y en Turena.

Mossard. Eso no tiene respuesta! ya lo entiendo.

Fremont. (*Aparte.*) Pues es fortuna!—Conque, nos vamos?

Derval. Vamos.

Mossard. Dónde vais?

Fremont. A pasear por el muelle. (*Se van Derval, Fremont y Luisa.*)

Mossard. Ah! pues yo tambien!... tengo unos deseos de ver el mar!... (*A Hortensia.*) Qué es lo que tiene Derval?... Ah! ya!... la ausencia de su muger! — Buena idea! voy á irle hablando de su muger en todo el paseo... eso le gustará. (*Volviéndose.*) Calla!... pues ya se han ido!... (*Se va gruñendo.*) El demonio de!...

ESCENA VI.

HORTENSIA. *Luego* PAULINA.

Hortensia. Jesus! que ente tan empalagoso! y luego dirán que las mugeres son habladoras!... Un hombre asi estoy por decir que me haria querer á su primo el capitan... y en cuanto á su muger tengo para mí que Dios la ha de perdonar.

Paulina. Hortensia!... ya se han ido... vamos nosotras...

Hortensia. Bien: ya sabes lo que te he ofrecido... ofréceme tú ahora sosegarte, seguir mis consejos, obedecerme...

Paulina. Sí, sí... te obedeceré...

Hortensia. Pero qué tienes?

Paulina. Nada!... la conmocion!... Estaba ahi en mi cuarto... pegada á la puerta... y por la cerradura... la he visto!... he visto á mi hija!... cuando tú la tenias en los brazos... ah! qué feliz eres;... Y yo, Dios mio!... tan cerca de ella... y sin embargo, un abismo nos separaba! Ah! pero el verla me ha reanimado!... hacia tanto tiempo que no la veia!... qué bien habeis hecho en deteneros aqui este rato!—Cuando su padre se la ha llevado, ya no estaba yo junto á la puerta: la tristeza de él y la vista de ella me afectaron de suerte, que sentí vacilar mis rodillas... y temiendo no se escapara de mi pecho un grito.... corrí al otro estremo del cuarto, y alli caí de rodillas pidiendo á Dios que tuviese piedad de mí!

Hortensia. Vamos, Paulina, vamos!... sígueme... vas á verla... pero de lejos... mas tarde... veremos...

Paulina. Pedirás á Derval que me permita abrazarla, sí?... Ah! es preciso!... y luego, yo me marcharé... me alejaré de ella. Dime: habla de mí? Se acuerda de mí?

Hortensia. Sí!... mucho!

Paulina. Oh, Dios mio! te doy gracias!

Hortensia. Vamos por aqui. (*Se van.*)

ESCENA VII.

CATALINA. UN CRIADO.

Catalina. Ya se ha marchado el señor Derval con sus amigos... anda á arreglar los cuartos.

Criado. Voy, señora. (*Entra en el cuarto de Derval.*)

Catalina. Calla!... pues la señora esa no es muy madrugadora... aun no ha llamado, y ya es tarde... Tengo una curiosidad de verla la cara!... Estoy tentada de llamar y preguntarla... No, no!... tengamos miramiento con los huéspedes.

ESCENA VIII.

CATALINA. VARENNES. JOSÉ.

José. Pasad adelante, caballero...

Catalina. Quién es?

José. Un huesped que traigo de la diligencia.

Catalina. Servidora vuestra...

Varennes. Buenos dias, señora: este me ha dicho que aquí encontraria cuarto.

Catalina. Sí, señor, el último que me queda; pero tiene unas vistas hermosas!... quereis verlo?

Varennes. Para qué? Es el único que hay desocupado en todas las fondas de Dieppe... qué he de hacer si no tomarlo como sea!

Catalina. Es verdad! Pues voy á que le dispongan en un momento, caballero!

Varennes. Bien, señora.

ESCENA IX.

VARENNES.

Tomaré cuarto... me quedaré aqui... y me sucederá lo que en los demas pueblos que mi impaciencia me ha hecho recorrer..., fastidiarme! Una sola idea me domina!...; encontrarla!... verla!... Qué será de ella?... dónde estará?—

Desapareció, y todos mis pasos han sido inútiles... pero mi amor se ha aumentado en la ausencia, y he jurado encontrarla!—Sin embargo, hasta ahora nada he conseguido!... he corrido casi toda la Francia, deteniéndome al menor indicio, á la mas leve esperanza...; todo en balde! Ah, Paulina, Paulina! Razon tenian los que me vaticinaban que esta pasion me iba á dar muchos malos ratos! (*Sale el cura por una puerta de la izquierda.*) Gran Dios!... ese eclesiástico!... si, él es!...; bien me acuerdo!

ESCENA X.

VARENNES, HEBRARD.

Hebrard. (*Aparte.*) Cómo!... este joven está aqui!

Varennes. (*Aparte.*) El me informará... (*Ambos se saludan.*) Me parece que ya otra vez tuve el honor de veros en Paris?

Hebrard. Yo os he conocido perfectamente, joven!... y permitid que os lo diga con franqueza... vuestra presencia en Dieppe... (*Ambos se miran: el cura dice despues de una pausa.*) Lo sé todo, caballero.

Varennes. (*Aparte.*) Quizá estará ella aqui!

Hebrard. Perdonadme si me tomo la libertad de preguntaros qué motivo os conduce á esta fonda.

Varennes. He venido por pocos momentos... un amigo.... que me esperaba...

Hebrard. (*Aparte.*) Aun no es hora de que vuelva Derval.—Supongo que ya conocereis que no es una vana curiosidad lo que me hace interrogaros asi?

Varennes. Sí, señor!

Hebrard. Lo hago porque hay personas que padecen por culpa vuestra, y á las cuales no debeis tratar de buscar.

Varennes. Tambien yo padezco!

Hebrard. Y tambien á vos os compadezco! Toda pasion violenta y culpable lleva en sí misma la turbacion por castigo!—Pero vos sois joven... teneis el mundo delante... y podeis distraeros de lo pasado, mirando á lo venidero. Otros hay cuya única felicidad estribaba en la santa union que las leyes protejen y la iglesia bendice... y ya,

Dios mio! por mas que hagan, han perdido para siempre esa felicidad, y su desgracia ha de alcanzar aun á su propia hija!—A vos, á vos os toca compadecerlos... y huir de ellos, porque sois vos quien ha acibarado su existencia!—Yo no os acuso, ni os condeno...; no tengo ese derecho; pero os hablo asi, porque he visto correr lágrimas, y he descubierto heridas crueles en corazones que amo mucho!

Varennes. Yo estimo ese lenguage y os oigo con respeto... pero mi vida se halla entregada á una pasion que ya no puedo contrarestar!

Hebrard. No es asi como debe espresarse el que tiene valor, y un yerro que enmendar... Sí, señor, un yerro!... porque no supisteis deteneros en el umbral de aquella casa donde entró con vos la desgracia! Y qué! aun tratais de perseguir é importunar con ruegos á una triste muger que está purgando con lágrimas esa pasion de que fue cómplice? Arrostrareis las miradas del que puede pediros una cuenta tan severa ante los hombres y ante Dios! No: escuchadme, que os hablo como os hablaria el padre de esa desventurada. Ah! no imposibiliteis que la bondad de Dios reconcilie algun dia á esos dos esposos que gimen separados. Si alguien se interpone entre ellos, sea únicamente su hija, angel de inocencia, que esa los hará que se abracen! Ea, pues!... no los persigais mas!... alejaos, alejaos!... Mirad que una baja pasion, satisfecha, lleva consigo la desesperacion y los remordimientos!... al paso que, vencida, infunde al alma fuerza y serenidad!

Varennes. Si, sí!... teneis razon!..., os creo!..., me habeis conmovido!... Pero esa lucha que me imponeis... esa lucha!... tendré fuerzas para sostenerla, cuando el corazon me arrastra... Ah! sabed..., os lo confesaré todo..., sabed que la andaba buscando por todas partes, sin poder hallarla... ansioso de encontrarla, de verla... y luego morir, si era preciso!

Hebrard. Morir!... Y vuestra madre!... acordaos de ella, y tendreis valor para combatir!—Algun dia pasareis por mi presbiterio; me contareis lo que habeis hecho, lo que habeis padecido... Me direis: «ya estoy tranquilo, gracias á vos, que me volvisteis la paz del corazon!...» y entonces nos daremos la mano, y nos la estrecharemos

como ahora (*Se la da.*) que nos vamos á separar y á salir de aqui para tomar cada cual su camino... vos el del mundo, y yo el de la iglesia, donde pediré á Dios por vos.

Varennes. Hágase como lo mandais!

Hebrard. Bien, hijo mio, bien! (*Aparte.*) Voy ahora á cuidar de que Derval no venga. — Adios! adios!... os marchareis?

Varennes. Sí, señor... sí!

Hebrard. (*Yéndose.*) Loado sea Dios!

ESCENA XI.

VARENNES. *Luego* MOSSARD.

Varennes. Me han persuadido las palabras de ese digno sacerdote! Mi conciencia está de acuerdo con ellas... y voy á procurar...

Mossard. (*Saliendo.*) Lleve el diablo su paseo!... yo no puedo mas!... tengo una gana de almorzar!... (*Viendo á Varennes.*) Estoy soñando!... Varennes!...

Varennes. Mossard!

Mossard. Es esto magia!... todos nos vamos reuniendo aqui! Vos en Dieppe?...

Varennes. Sí; pero voy á marchar al instante: avisaré que dispongan del cuarto que habia tomado, y me iré á la diligencia...

Mossard. Qué desatino!... No señor, no os ireis!... ademas, ya no sale diligencia hasta mañana.

Varennes. (*Aparte.*) Tendré que esperar á mañana!

Mossard. Y eso de mañana... lo veremos!... Tampoco hallareis cuarto en ninguna fonda: todo está lleno. Conque, conservad ese que habeis pillado.

Varennes. Qué remedio!

Mossard. Llegar y marcharse!... bueno estaria! — Conque, sepamos: qué hay de nuevo?... cómo va de amores? Se hacen muchas conquistas?... contadme... que aunque soy casado, algo entiendo...

Varennes. Oh!... ya sé que sois muy diestro!

Mossard. Vaya!... cuando yo era mozo... Apropósito de mozo... (*Llamando.*) Mozo.

José. Qué mandais?

Mossard. Prontito!... que nos lleven de almorzar á mi cuarto.

José. Voy al instante. (*Se va.*)

Mossard. Vamos! vamos!...

Varennes. Si os empeñais!...

Mossard. Por aqui... Pasad delante... no quiero que os escapeis!

ESCENA XII.

HORTENSIA. PAULINA.

(*Salen apresuradas.*)

Hortensia. Gracias á Dios que llegamos!... he temido que nos sorprendiesen!... ya no tardarán!...

Paulina. Cuánto he gozado viéndola corretear por la playa!—Hortensia, tú me has ofrecido hablar hoy á Derval... Ah! como yo logre tenerla en mis brazos un minuto no mas... me alejaré de aqui, obedeceré cuanto me manden!... Pero si no me permiten verla mas que de lejos, como ahora... acabará por olvidar á su madre.... Dios mio! olvidar á su madre!...

Hortensia. Vete á tu cuarto, Paulina... No te detengas... ya vienen!... anda!

ESCENA XIII.

HORTENSIA. DERVAL. LUISA. FREMONT.

Hortensia. Hola! ya estais de vuelta!... cansadillos vendreis.

Fremont. Asi, asi!... como que voy á descansar, mientras nos sirven el almuerzo.

Derval. Hija mia, ahora ve á estudiar un ratito para dar bien la leccion. Ya sabes que el señor cura y yo nos enfadamos cuando no la dices bien.

Fremont. Yo te acompañaré: ven conmigo. (*Se lleva de la mano á la niña.*)

ESCENA XIV.

DERVAL. HORTENSIA.

Derval. (*Aparte.*) Es cosa singular!... si no estuviera seguro de que Hortensia no ha salido, juraria... Cómo está mi pobre cabeza!

Hortensia. En qué estais pensando?

Derval. No lo adivinais? Vos, que sois tan amiga mia, ya podeis conocer en lo que estaré siempre pensando. Creeis que asi no mas se pasa de la felicidad á la desgracia, sin aplanarse á semejante golpe? Yo me juzgaba muy fuerte para hacer frente al infortunio..., tenia ese orgullo!...; y veo que soy muy débil! — No os lo quiero ocultar á vos que sois su amiga... me acuerdo mucho de ella.... no la puedo olvidar! (*Despues de una pausa.*) Vos no habeis salido esta mañana?

Hortensia. Por qué me lo preguntais?

Derval. Nada... una figuracion mia... me pareció haberos visto... á lo lejos...

Hortensia. Sola?

Derval. No... Conque erais vos?

Hortensia. A qué efecto os habia de seguir, y con quién?

Derval. Qué sé yo!... teneis razon... os hubierais acercado...

Hortensia. A menos que...—esto es una suposicion...—que la persona que estuviera conmigo... no se hubiese atrevido á llegar donde estabais...

Derval. (*Sonriendo.*) Tan intratable me he vuelto, que ya las gentes huyen de mí?

Hortensia. La verdad, Derval: no se os ocurre alguna vez que existe una madre, privada de su hija, separada de su esposo, que padece mucho en no verlos, y que pudiera bien la infeliz haberse arriesgado á seguirlos de lejos... solo por el placer de mirarlos un momento?

Derval. Cielos! qué decís?...

Hortensia. Qué he de decir!... lo que yo haria si me viera separada de mi hija! Sé que la tengo en Paris, que dentro de pocas horas puedo verla si quiero; y sin embargo me aflige estar lejos de ella!... qué será una madre á

quien han dicho: despídete para siempre de tu hija!— Esto es horrible, Derval... muy horrible!... Y todo por un yerro... de menos gravedad que lo que parece... por un yerro espiado ya con tantas lágrimas!

Derval. Un yerro que ha acabado con la felicidad de un padre... y quizá con el porvenir de una hija!... ah! no me hableis de ella!

Hortensia. Y quién os ha de hablar, sino yo, que sé que no podeis olvidarla, y que ella es aun digna de vuestro perdon? Por mas que digais, aun conserva su puesto en ese corazon. — Si ella fuera tan pervertida como otras que saben disimular, que poseen ese arte de engañar, esa hipocresia que enseña la práctica del vicio... entonces sí, seria verdaderamente criminal... No es esto disculparla del todo, no!... Pero aquello no fue mas que una ilusion, Derval!... la ilusion ha desaparecido... y ella ha vuelto á la senda que ha seguido siempre!

Derval. Sois amiga muy indulgente, Hortensia.

Hortensia. Pero soy justa.—Si ella fuera culpable, la compadeceria... y aun puede que todavia la amara, pero no os hablaria como os hablo. Ha sido un momento de fascinacion... y nada mas.

Derval. Pero yo, como esposo, no quiero perder mis derechos: como padre, debo apartar de mi hija un pernicioso ejemplo; como hombre, no puedo vivir al lado de una muger que ama á otro.

Hortensia. Y no sabeis que apartar á una madre de su hija, es matarla?... Ah! sí lo sabeis, sí! Vos, que amais tanto á la vuestra! Derval!... una madre no puede vivir sin su hija... eso es imposible!... y Paulina... sabedlo, se muere de esta pesadumbre.

Derval. (*Con prontitud.*) Quién os lo ha dicho?...

Hortensia. Quién ha de ser?... nadie...; yo, que la he visto!

Derval. La habeis visto?

Hortensia. Y la he abrazado, y he llorado con ella!...— Echadme á mí tambien en castigo!—He procurado consolarla... la he ofrecido que abrazaria á su hija... y esto lo he hecho porque os conozco, y sé que no querreis que se muera de pesar.

Derval. Oh!... eso no!... ella verá á su hija..., sí...; mas adelante...

Hortensia. Mas adelante!... ese permiso no debe diferirse...

sobre todo, cuando se ha comprado tan caro!... Es preciso que la vea pronto...; hoy mismo.

Derval. Hoy?...

Hortensia. Sí, señor... hoy!... (*Yendo á abrir la puerta.*) Si está aqui!

Derval. Aqui!... aqui!... Dios mio!...

Hortensia. Miradla!... miradla!... ahi os la dejo.

ESCENA XV.

DERVAL. PAULINA.

(*Paulina da algunos pasos y se apoya tristemente en el respaldo de una silla. Derval la mira un momento en silencio.*)

Derval. Siéntate, Paulina...

Paulina. Esa dulzura me hace mas daño que me hubiera hecho su cólera!

Derval. Has dicho tu nombre al entrar aqui?

Paulina. No me he atrevido... no debia hacerlo!

Derval. Sí tal! Al separarnos, convinimos en guardar silencio acerca de lo que habia pasado, y nada mas.—Deseabas volver á ver á tu hija?

Paulina. Sí... y temia que no se me concediese... Ah! te doy gracias por haber accedido á mi súplica!

Derval. Yo no quiero separarte de tu hija, sin permitirte que alguna vez la veas... ya sé cuanto la quieres!—Pero nuestra situacion es delicada... no pudiendo vivir bajo el mismo techo, tenemos que apelar á miserables mentiras para justificar esta separacion á los ojos del mundo.... Esto ya lo combinaremos...

Paulina. Haré lo que mandes.

Derval. Te volverás á Turena?

Paulina. Sí.

Derval. Entonces, marcharás con el señor Hebrard.—En cuanto á la niña, mi intencion es llevarla á Paris, y ponerla en la pension donde está la niña de Fremont... alli tendrás libre la entrada... cuando quieras...

Paulina. En una pension?... Si es tan niña todavia!

Derval. Es verdad... pero yo no puedo llevarla conmigo.... tengo que emprender un viage...

Paulina. (*Cayendo en la silla con abatimiento.*) Ah! ya no me acordaba de que yo no soy nada para ella!

Derval. (*Acercándose á ella.*) Qué tienes, Paulina?... qué tienes?...

Paulina. Nada! nada!...

Derval. Quién nos hubiera dicho que habiamos de ser tan infelices!... No es esto acusarte...; es lamentarme yo!

Paulina. Lamentos para tí!... y remordimientos para mí, que todo lo he destruido, tu felicidad y la mia!... Ah! bien vengado estás... y yo bien castigada, viéndote tan bueno y tan generoso!

Derval. Y antes, no me juzgabas asi?...

Paulina. Siempre!... en eso no tengo disculpa! No puedo decir en descargo mio que no te conocia!

Derval. Pero... tú no me amabas! tú creias que mi corazon era frio! que mi alma no era capaz de amar con vehemencia! Ya ves como te engañabas, Paulina... ya ves que no me conocias!

Paulina. Es verdad! yo me aluciné!... sí... yo debí echarme á tus pies y decirte: «ten compasion de estas ideas locas que me van desviando de tí!...; ampárame con tu cariño, con tu bondad, con tu indulgencia!» Y tú me hubieras salvado... y yo ahora seria dichosa!

Derval. (*Despues de una pausa.*) Y desde nuestra separacion, no has vuelto á ver á ese hombre?

Paulina. Jamás!

Derval. No te ha seguido?

Paulina. Te lo juro!

Derval. (*Tomándola la mano.*) Paulina!...

ESCENA XVI.

DICHOS. — HORTENSIA. HEBRARD. LUISA. *Luego* MOSSARD Y VARENNES.

Hortensia. Venid, señor cura!...; venid!... miradlos!...

Hebrard. Dios mio!

Paulina. (*Abrazando á su hija.*) Hija mia!... hija de mis entrañas!...

Hebrard. (*Tomando de la mano á Derval y llevándole junto á Paulina.*) Amigo mio, acabad! Dios os vuelve la felicidad!

Derval. Paulina!

Paulina. Derval! (*A tiempo que los dos van á abrazarse, aparece Mossard trayendo á Varennes.*)

Mossard. Venid acá, señor de Varennes.

Derval. (*Volviéndose.*) Qué veo! Varennes aqui! (*A Paulina.*) Ah! otra vez me has engañado!

Paulina. (*Cayendo en una silla.*) Desgraciada de mí!

Varennes. (*Aparte.*) Qué es esto?...

Hebrard. Hortensia. Gran Dios!

Mossard. (*Aparte.*) Qué pasa aqui? La sorpresa no ha hecho buen efecto!

Derval. (*A Hortensia.*) Hortensia, llevaos á esa niña.... lleváosla para que no vea... la vergüenza de su madre! (*Hortensia se lleva á la niña. Derval dice á Paulina.*) Adios, señora... adios!

Hebrard. (*A Varennes.*) Señor Varennes!... de todo esto sois responsable ante Dios!

Acto tercero.

La escena es en Ferrières, pueblo de la Turena. A la derecha está la granja de Ambrosio: á la izquierda la verja y jardin que conduce á la casa de Derval: en el foro la iglesia parroquial.

ESCENA PRIMERA.

PAULINA.

Esta es, sí... esta es la granja de Ambrosio... Aquella la verja... el jardin... y allá la casa... Hay gente en el jardin... (*Ocultándose.*) No quiero que me vean!... Es Hortensia... Derval... Fremont... Será esa tristeza porque se acuerden de mí?... Ya se alejan... Y mi hija!... mi hija no está con ellos.—Aqui está!... Dios mio!... qué cerca de mí!... Y está sola!... ya se para... Si mirará hácia aquí!... ahora mira!... (*No pudiendo reprimir un grito.*) Luisa!.. ya me ha oido!... ya se acerca... ya me ha visto!... Qué haré?... esconderme?... Ah! no tengo valor!... Hace tanto tiempo que no la veo! —Luisa! hija mia!.... Ven!... ven!—Me tiene miedo..., se vuelve... Ya no me conoce... Dios mio! ya no conoce á su madre!!! Este es el último golpe!... para esto ya no hay resistencia!... No puedo tenerme en pie... me caigo! (*Se apoya en la verja, y al cabo cae en tierra.*)

ESCENA II.

PAULINA. AMBROSIO. JUANA.

Ambrosio. Vamos, muger; ya sabes que en casa del amo se madruga... despacha, y le daremos los buenos dias antes de ir al campo.

Juana. Ya estoy andando... vamos allá...—Ay! Dios mio!

Ambrosio. Qué tienes?

Juana. (*Señalando á Paulina.*) Mira... mira una muger.

Ambrosio. Es verdad... Si estará muerta!

Juana. Veamos...

Ambrosio. Muger... si es el ama!

Juana. (*Corriendo hácia ella.*) El ama!... Jesus!... y en qué situacion!... Ha perdido el sentido!

Ambrosio. Vamos á llevarla á su casa.

Juana. Sí, sí... llevémosla entre los dos...

ESCENA III.

DICHOS.—HORTENSIA.

Hortensia. Paulina! Paulina!...

Juana. Ay, señora!... no responde!... La vamos á llevar á su casa...

Hortensia. No, no! (*Apoyando en su falda la cabeza de Paulina.*) Paulina... soy yo... tu amiga... Hortensia.... (*Aparte.*) Por qué no habré venido antes!—Amigos, conviene por ahora que se recoja en vuestra granja: luego os esplicaré el motivo.

Ambrosio. No hay necesidad de que nos espliqueis nada: haremos lo que dispongais: ya sabeis que nosotros queremos al ama, ni mas ni menos que como á una hija.

Hortensia. Ya vuelve en sí.

Paulina. Hortensia... Hortensia!... (*A Ambrosio y á Juana.*) Amigos mios... (*Aparte á Hortensia.*) Quién te ha dicho que yo estaba aquí?

Hortensia. Te ví desde lejos... y te conocí.—Ven, ven á la granja.

Paulina. Por Dios! que nadie sepa...

Hortensia. Ambrosio, quedaos aqui un instante, y si me buscan, ó preguntan por mí, decid... que... que habré tal vez entrado por la otra puerta.

Ambrosio. Bien, señora, bien.

Hortensia. (*A Paulina.*) Ven... apóyate en Juana y en mí.

Paulina. Será preciso... ~~estoy tan débil~~, mi querida Hortensia!...

Hortensia. Vamos...

Paulina. (*Echando una mirada á la verja.*) Ya no conoce á su madre! (*Entran en la granja: Ambrosio las acompaña hasta la puerta.*)

ESCENA IV.

AMBROSIO.—*Luego* HEBRARD.

Ambrosio. Pues si al amo se le antojase ahora venir por acá... y le diese la tentacion de entrar en la granja, no sé cómo se le habia de ocultar... Pero qué! si no ha venido una vez siquiera desde que está en el pueblo... Nos da los buenos dias cuando pasa por delante de la puerta, y nada mas. Qué desconocido está el pobre señor!... qué triste siempre!... quién le saca una palabra del cuerpo? —Hola! el señor cura sale de la iglesia... y viene hácia aqui.

Hebrard. Buenos dias, Ambrosio.

Ambrosio. Muy felices, señor cura.

Hebrard. Qué es eso? parece que estais azorado!... Veamos, qué ocurre?... teneis secretos para mí?

Ambrosio. No, señor cura... Ya sé que puedo confiarme á vos, que me dais siempre buenos consejos, y que ademas... sois tan querido de la casa...

Hebrard. Pues qué ha habido?... hablad sin recelo.

Ambrosio. Pues habeis de saber que el ama está aqui.

Hebrard. Paulina!

Ambrosio. Ahí en la granja. — Nos la encontramos aqui junto á la verja, desmayada... en esto llegó la señora Hortensia, y nos dijo que debíamos recogerla en la granja.

Hebrard. Dios mio!

Ambrosio. Si viérais qué desfigurada está, señor cura!... da compasion mirarla!—Creo que no arriesgo nada, señor

cura, en contaros lo que pasa, como á padre de almas que sois...

Hebrard. No, Ambrosio; al contrario, habeis hecho bien. Todo ello no es nada... El señor Derval y su esposa estan un poco reñidos... pero no durará mucho... una de esas riñas que suele haber en los matrimonios... ya sabeis...

Ambrosio. Ya!... y por eso anda tan triste el señor Derval!... Pobre amo!... Si parece que se ha echado veinte años encima!

Hebrard. No tardarán en reconciliarse... ya sabeis cuanto se quieren... Ea, vamos, que quiero verla. (*Dirígese á la graja.*) La señora Hortensia! (*Ambrosio entra en la granja.*)

ESCENA V.

HEBRARD. HORTENSIA.

Hortensia. (*Saliendo.*) El señor cura...

Hebrard. Señora!...

Hortensia. Ibais á entrar en la granja?

Hebrard. Sí señora.

Hortensia. Con que sabeis?...

Hebrard. Sé que está ahí... Ambrosio ha confiado este secreto á mi antigua amistad.

Hortensia. Ay, señor cura!... os asustareis al ver la palidez de su semblante!

Hebrard. Despues de aquel desgraciado encuentro de Dieppe, se retiró á vivir en compañia de las hermanas de la caridad, y buscó consuelo en el egercicio de esa virtud cristiana... Cómo es que se ha separado?...

Hortensia. Yo fuí á verla hace algun tiempo, y retrocedí espantada al contemplarla... porque el dolor la ha desfigurado tanto!... La aconsejé que hiciese un viaje á Marsella, donde podia pasar una temporada en casa de mi madre... Y ya la hacia yo allá, cuando hace un instante la ví aparecer aqui... «He querido ver á mi hija, me ha dicho, y he pasado por este pueblo... á donde sabe Dios si volveré!» El llanto que derramaba al decirlo, no me ha dejado aliento, señor cura, para desaprobar su determinacion.

Hebrard. Y Derval?

Hortensia. Derval no habla nunca de ella... pero yo conozco que no la ha olvidado.—Me voy un rato adentro, no sea que sospeche... Pronto volveré al lado de Paulina.

Hebrard. Id con Dios. (*Entra en la granja.*)

Hortensia. Decídselo asi, y consoladla. (*Se dirige á la verja y se encuentra con Derval.*) Cielos! Derval!

ESCENA VI.

HORTENSIA. DERVAL.

Derval. (*Tomándola la mano.*) Por qué la dejais?

Hortensia. A quién?

Derval. A ella... á Paulina.

Hortensia. Ya sabeis?...

Derval. Sí, lo sé: no disimuleis... no os oculteis de mí... asistidla... Padece mucho?

Hortensia. Sí... mucho!

Derval. Ha hecho mal en venir aqui... la impresion que acaba de recibir era forzoso que la alterase.

Hortensia. Con que la vísteis?..., la conocísteis.., y no me lo avisásteis!...

Derval. No; y sin embargo la ví antes que vos: oí el grito que se la escapó...

Hortensia. Y no corrísteis á ella?

Derval. Tengo yo acaso seguridad de que cada vez que se me presente, no he de hallar á su lado á ese hombre... á ese hombre que no comprende la causa de mi silencio y mi desvío, y que quizá llegará un dia en que me hará faltar á mi propósito, y comprometer el porvenir de mi hija? En fin, sabia yo si él vendria siguiéndola?

Hortensia. Derval! Derval!... vuestra severidad pasa ya de lo justo. — No, ese hombre no la ha seguido... ella ha huido de él para siempre... y hace mucho tiempo que el hombre á quien ella ama... no es ese!

Delval. (*Con amargura.*) Pues quién es?

Hortensia. Vos!

Derval. Yo!... A un marido no se le vuelve á amar!

Hortensia. Pues ella os ama.

Derval. Qué dirian los que ignoran nuestra desgracia, si la

vieran en esa granja, en vez de estar en nuestra compañia!... Ya veis como á cada paso puede esto llegar á oidos del mundo!... (*Aparte.*) Infeliz madre!—Mirad, Hortensia... mirad á Juana que venia á buscaros, y se ha parado al verme. Sin duda ella ha preguntado por vos.... quizá se habrá puesto peor!... Andad, andad... si ya os he dicho que apruebo vuestra conducta... que me complace que la asistais...

Hortensia. (*Con gozo.*) Derval!... vos la amais todavia!...

Derval. Andad, Hortensia, andad!

ESCENA VII.

DERVAL.

Ah! sí, la amo todavia!... los esfuerzos que hago para olvidarla son inútiles!... Cuando mi hija me pregunta por su madre, el corazon se me parte, y tengo que volver la cara para ocultar las lágrimas!—Y permitiré que se marche, juzgándome duro... inflexible?.... Sí, si, es preciso.

Mossard. (*Dentro.*) Eh! Derval!...

Dercal. Esa voz!... Mossad!

ESCENA VIII.

DICHOS.—MOSSARD. *Un mozo con una maleta.*

Mossard. El mismo en cuerpo y alma... Vengo á pasar unos dias contigo.

Derval. Me alegro. Yo no te esperaba.

Mossard. Lo creo.

Derval. Ven, ven á descansar...

Mossard. De aqui á un poco... antes tengo que hablarte aqui... en particular.

Derval. Oiga!

Mossard. Mozo... lleva eso adentro...

ESCENA IX.

DERVAL. MOSSARD.

Derval. Ea, ya estamos solos.

Mossard. Ay, amigo Derval!

Derval. Qué eso, hombre?

Mossard. Mírame bien... No observas en mí una completa mudanza... física y moralmente hablando?

Derval. No por cierto.

Mossard. Cómo no?... Pues qué, no estoy desfigurado?... no tengo el mirar torbo?... el acento sombrío?

Derval. Pues qué te ha pasado?

Mossard. Ay, amigo mio!... qué me ha de pasar?... Que mi muger, mi consorte... ha saltado de casa... la he despedido!... Ya está con su familia... allá ha ido á parar la muy perdida!

Derval. Qué dices!

Mossard. Y mi primo el capitan... con un balazo en la pierna...

Derval. Es posible!

Mossard. Qué quieres, amigo mio... infraganti! — Ya ves, era cosa de enseñar los dientes... Oh! y se los enseñé de lo lindo!... al primer tiro... zás!... le acerté; y á mi Eugenia la eché de casa, dándola mi maldicion. Todo esto, unido á una ictericia que me ha tenido en cama algunos dias, ha sido la causa de que no ponga en práctica una idea que me andaba rondando...

Derval. Cuál?

Mossard. Un proyecto que tenia pensado para enmendar la necedad que cometí en Dieppe, cuando te presenté al señor Varennes... Oh! fue una necedad de á folio!

Derval. Qué disparate! de todos modos, ellos se hubieran reunido...

Mossard. No, Derval, no. Entonces y despues, ella huia de él... sí señor, huia... al paso que él se obstinaba!.... Vamos, que yo sé lo que hay en eso mejor que tú!... Tengo noticias, tengo informes muy exactos... en una palabra, sé que tu muger salió de Paris... sé el camino que tomó... sé que se dirigia á este pueblo...

Derval. Cómo! sabes?...

Mossard. Hombre, sé que está aqui. —Supe al mismo tiempo que el señor Varennes iba á hacer un viaje, y dije para mí: este la va á seguir!—Cojo la pluma y le escribo una esquelita, diciéndole, que si salia de Paris, lo tomaria como una provocacion dirigida á mí... Y me contesta... sabes lo que me contestó?... Que yo era un tonto!... y se marchó. Con que es evidente que me ha provocado.

Derval. Y crees que vendrá aquí?

Mossard. Toma! como que esta mañana supe que llegó á ese pueblo inmediato... y á estas horas ya estará cerca de aqui.

Derval. Ese hombre... y siempre ese hombre!... el miserable sin duda ignora...

Mossard. Ignora que tú estás en este pueblo... Pero yo le saldré al encuentro... con ese objeto he venido: tengo que decirle... y se lo he de decir!... aunque venga escoltado por todos los pisaverdes de Paris! No consiento ningun contrabando!... basta y sobra con el de mi muger!... y á este tuyo es preciso ponerle fin!....

Derval. (*Aparte.*) Sí... tiene razon!... No hay remedio!... estaba escrito que á pesar de mi propósito... Pero á una tenacidad asi, no hay calma ni propósito que basten!

Mossard. Ya te dije que me habia llamado tonto?... Pues yo le haré que se retracte y se vuelva por donde ha venido. Y si no quiere... veremos!... yo estoy ahora en vena... y habrá jaleo!

Derval. (*Aparte.*) Resolucion!... no hay ya que titubear!

Mossard. Dónde vas?

Derval. Ahora vuelvo.

Mossard. Pero qué vas á hacer?

Derval. Pronto lo sabrás.

ESCENA X.

MOSSARD.

Bien pensado; mejor es que me deje solo. Yo le haré escuchar al señor Varennes la voz de la razon... le confundiré... le haré volverse á Paris... y lograré reconciliar á

Derval con su muger, ya que fui yo la causa de aquel rompimiento... Su muger no es como la mia... su muger todavia digna de aprecio... al paso que mi Eugenia... Oh! recuerdo amargo!... oh! antojadiza Eugenia!... Cuando pienso en ello, me entra un desasosiego...—Calla! dicho y hecho!... aquel es el señor Varennes!... Cuando yo dije que venia aqui!... No se espera él este encuentro!—Acá, señor de Varennes!... acá!...

ESCENA XI.

MOSSARD. VARENNES.

Varennes. Mossard!...

Mossard. Humilde servidor vuestro, señor de Varennes.

Varennes. Cómo!... el señor Mossard aquí!... Y qué casualidad hace?...

Mossard. Qué casualidad?... Nada!... que me he venido á divertir á este pueblo... asi... por casualidad... y como un tonto que soy... entendeis?

Varennes. Entiendo... Me guardais rencor por una espresion que solté... motivada quizá por el empeño que formásteis de detenerme en Paris.

Mossard. Hola!... pues yo espero que os volvereis allá, á Paris!

Varennes. De veras?

Mossard. Sí: os lo aconsejo.

Varennes. Oiga!

Mossard. Sí; porque los pasos que estais dando son enteramente inútiles.

Varennes. Señor Mossard, esa es cuenta mia.

Mossard. Y mia! que acaso por haberos yo ponderado y elogiado allá... contribuí... Pero los tiempos han cambiado, y ahora os digo: caballerito, basta de locuras; dejemos en paz á las mugeres que no nos hacen caso.

Varennes. Caballero!...

Mossard. Lo dicho. Hola, señoritos del gran tono... venís con vuestros guantes amarillos y vuestras barbas de chivo á encalabrinarnos nuestras mugeres, y ponernos en berlina... como me ha sucedido á mí, ó hacernos des-

graciados, como le sucede al pobre Derval... y os hemos de dejar el campo libre?

Varennes. Y qué es lo que pretendeis?

Mossard. Qué pretendo?... me gusta la pregunta! Pretendo que os volvais á Paris... pretendo que dejeis de perseguir á una muger que huye de vos: eso pretendo!

Varennes. Ay, ay, ay!... no os metais á procurador de las mugeres agenas... mejor haríais en cuidar de la vuestra.

Mossard. Si mi muger ha tenido un desliz...

Varennes. Uno?

Mossard. Qué?... cómo es eso?... Ha habido alguien mas que mi primo el capitan?...

Varennes. Ta, ta, ta!...

Mossard. Hay alguien mas?... antes que él?... Quién? quién?... Vos debeis saberlo... vos tuvisteis una temporada de no salir de mi casa. (*Varenes se rie.*) Os reis?.... os reis?

Varennes. Y qué que me ria?

Mossard. Ya sospecho!... Ah! Eugenia, Eugenia!... tambien este!...—Despues zanjaré ese negocio: por ahora lo que urge es librar á esa otra infeliz de vuestra persecucion: es necesario que esto tenga un término...

Varennes. Eh! eso no os toca á vos!...

ESCENA XII.

MOSSARD. DERVAL. VARENNES.

(*Derval, que ha salido un momento antes, deja en el banco un par de pistolas, y se acerca á ellos.*)

Derval. Teneis razon: me toca á mí.

Mossard. Derval!...

Derval. La muger que buscais está allí: no habeis equivocado el camino.

Varennes. Señor Derval, si yo la he seguido, es porque sé que todos la abandonan.

Derval. Cierto, que os ha hecho el destino árbitro de nuestra suerte!—Vos habeis separado á la esposa y á la madre, de la hija y del esposo: vos me habeis obligado á desterrarme del mundo: vos me habeis hecho ahogar en

silencio resentimientos crueles, porque no deshonrasen, estallando, un nombre que yo queria conservar respetable á los ojos de mi hija!... Y nada ha bastado á cansar vuestra perseverancia!—Vos no sabeis la cólera que yo he devorado! Continuamente pedia á Dios que os alejase de mi vista... porque os hubiera muerto, si la casualidad os hubiese conducido delante de mi hija... á quien vos habeis dejado sin madre!

Mossard. Derval!...

Derval. Señor Varennes, vamos á otro sitio... esta vez ha de ser la última que nos encontremos!... es preciso poner término á esta vida que llevamos de soledad, de persecucion y de remordimientos, que debíais respetar.

Mossard. Tu batirte!...

Varennes. Un duelo!...

Derval. Sí, un duelo!—Ya os he dicho que ella está ahí, en esa granja...—Cuando salga es necesario que encuentre libre y desembarazado el camino del mundo: que no os halle á vos en él... ó que muera yo, y salga de esta situacion horrible! — Vamos, vamos!... porque si llega á abrirse esa puerta, os juro que será aqui mismo!

Varennes. Señor Derval, Dios sabe que no es temor lo que me detiene!... Pero, reflexionad... habeis padecido mucho... no me comprometais á un duelo!...

Derval. Eh! dejad esa fingida generosidad!... mirad por vuestra vida!

Mossard. Pues bien!... cuando gusteis.

Derval. Toma, Mossard, lleva las pistolas... (*Al tomar las pistolas, ve á su hija en el jardin.*) Mi hija!... Voy al instante... esperadme detras de las tapias... id delante para evitar que alguien sospeche...

Mossard. Allá te esperamos.

Derval. No faltaré. — Voy á dar un beso á mi hija! (*Entrase en el jardin.*)

Mossard. (*Aparte.*) Hola! conque antes que mi primo el capitan... fue este!

Varennes. Vamos?

Mossard. Sí señor: vamos allá. (*Se van.*)

ESCENA XIII.

HEBRARD. HORTENSIA. PAULINA. JUANA. AMBROSIO.

(*Paulina sale andando con trabajo, apoyada en el brazo de Hortensia. Juana saca una silla, en la cual se sienta Paulina.*)

Ambrosio. Pierde cuidado, muger; voy á hacer la diligencia. (*Se va por el foro: Juana se vuelve adentro.*)

Hortensia. (*A Paulina.*) Verás, verás como al aire libre te mejoras. (*Aparte á Hebrard.*) Qué pálida está, señor cura!

Hebrard. (*Aparte.*) Sí.—Vamos, Paulina; nuestra presenca debe consolarte un poco.

Paulina. Ah! sí: vosotros no me abandonais!—Aqui respiro con mas libertad... pero no quisiera que me viesen... y temo...

Hortensia. No tengas cuidado.

Paulina. Pronto os dejaré en paz: me voy á marchar.

Hortensia. Pero no será tan pronto?

Paulina. Hoy mismo. Ambrosio ha ido á buscarme carruage.

Hortensia. (*Aparte al cura.*) No puede ponerse en camino, señor cura: miradla!...

Paulina. Qué dices, Hortensia?

Hebrard. Decimos que estás muy debil... y necesitas descanso.

Paulina. Descanso!... Sí; lo necesito.

Hebrard. No te marches, Paulina... ven á mi casa... vivirás conmigo como una hija... porque yo te quiero como padre... No te marches!

Hortensia. Y dónde has de ir?

Paulina. Yo no debo quedarme aqui. (*Despues de un momento de silencio.*) Señor cura, voy á hablaros como hablaria á Dios.—Yo no amaba á Derval... ahora le amo con el amor mas tierno y mas profundo! Pero vez si hay castigo igual al mio: le amo... y él no lo creerá... y no me volverá mi hija!

Hebrard. Paulina!... el tiempo tiene sus arcanos y sus consuelos.

Paulina. El tiempo?... Miradme... miradme bien!... y decid si puedo yo esperar mucho tiempo!

Hortensia. (*Al cura.*) Ah! yo voy á echarme á los pies de Derval, á llorarle, á arrancarle el perdon!... porque no puedo consentir que se marche asi!

Hebrárd. Sí, sí... andad!

Paulina. No alimenteis esperanzas!... todos vuestros esfuerzos se estrellarán en el alma inflexible de Derval!—Querida Hortensia, tú servirás de madre á mi hija, no es verdad? Mira: antes de separarnos... quizá para siempre!... tráeme alguna cosa de ella... un poco de pelo.... ó cualquier cosa que haya llevado... que haya tocado... tú que puedes verla, abrazarla... Ah! qué feliz eres! (*Apoya la frente, llorando, en el pecho de Hortensia.*)

Hortensia. (*Abrazándola.*) Pobre madre!

ESCENA XIV.

DICHOS.—AMBROSIO.

Ambrosio. (*Llevándose al cura aparte.*) Señor cura!...

Hebrard. Qué hay, Ambrosio?

Ambrosio. Ahora, cuando iba á la casa de postas, he visto al señor Mossard con otros dos señores... y todos tres hablaban como enfadados, y mentaban mucho al señor Derval... Yo me arrimé con disimulo, y oí que el señor Mossard decia: «pues si es preciso otro padrino, yo lo buscaré...» y fue corriendo, y entró en casa del señor Monvel...

Hebrard. Gran Dios!... Y creeis que aun estará en casa del señor Monvel?

Ambrosio. Puede que aun esté, señor cura!

Hebrard. (*Aparte.*) Un duelo, sin duda!... Es preciso ir allá... é impedir que Derval...—Paulina, os dejo por breves momentos. Hortensia, venid conmigo... os necesito.

Hortensia. Pues qué hay, señor cura?

Paulina. Nada, nada... pero venid.

Hortensia. (*A Paulina.*) Volveré, y te traeré lo que me has pedido. (*Ambas se abrazan, y Hortensia se va con el cura y Ambrosio que los dirige.*)

ESCENA XV.

PAULINA.

Qué habrá ocurrido?... se hablaban en secreto!—Ah! si mi hija se apareciera aqui de repente... sola... y nadie lo estorbara..., á pesar de lo débil que estoy... me la llevaria... Ah! sí... me la llevaria!... (*Derval sale por la verja y se dirige al foro.*)

ESCENA XVI.

PAULINA. DERVAL.

Derval. (*Aparte.*) Ya he abrazado á mi hija... vamos allá!

Paulina. Derval!...

Derval. (*Alejándose.*) Paulina!...

Paulina. Ah! Derval!... una palabra... una sola palabra!... Por piedad, no te vayas sin oirme!

Derval. Qué tienes que decirme, Paulina?... Que has destruido nuestra dicha, nuestro sosiego...

Paulina. Sí, es verdad... pero á tí te queda nuestra hija!

Derval. (*Conmovido.*) Nuestra hija!... (*Aparte.*) Ah! pronto quizá no le quedará mas que su madre!

Paulina. Antes de dejaros... para ir á arrastrar la vida lejos de todo lo que amo... lejos de mi hija!... no me dejarás, á lo menos, darla un abrazo? No me niegues, Derval, este postrer consuelo!—Asi que la abrace, me marcharé, y no volverás á verme: tal es mi deber, lo sé!... y sin embargo, mi corazon se queda aqui, todo entero!

Derval. Todo!...

Paulina. Derval! Derval!... pues qué, no lees en mis ojos... aunque empañados por las lágrimas... no lees que te amo... que no amo á nadie mas que á tí? (*Derval hace ademan de irse.*) No te digo esto para arrancarte el perdon, no.... yo me marcho: nuestra separacion es eterna! —Pero antes de darte el último adios... déjame decirte que fuí una insensata en creer que no podia ser tuyo todo mi corazon!... Sí... y ahora estoy espiando amargamente el crimen de no haber sabido apreciarte!

Derval. Paulina, yo necesito creerte... Has escuchado, aunque tarde, la voz del deber... y doy gracias á Dios!—Pero óyeme: los momentos son preciosos, y estas palabras irrevocables y solemnes!—Para que el olvido pueda hallar cabida en mi alma, es necesario que ese hombre, interpuesto por la fatalidad entre nosotros, desaparezca del mundo!... Porque no quiero que nadie me avergüence... porque no quiero que, al tenerte en mis brazos, haya nadie que pueda decir jamás que ha hecho palpitar tu corazon!

Paulina. A qué viene mentar á ese hombre... á ese genio infernal de mis desgracias!...

Derval. A qué viene?... A que persiste en seguirte... á que está aquí!

Paulina. Aquí!... ese hombre busca mi muerte?

Derval. La suya!... la suya es la que ha encontrado!

Paulina. Qué dices?

Derval. (*Con calma.*) Sin embargo... puedo ser yo quien sucumba en el combate...

Paulina. Cielos!

Derval. Y llevaré el consuelo de que nuestra hija, al menos... nuestra hija podrá abrazar sin rubor á su madre!

Paulina. Derval... no, no vayas, que podrá matarte! Llévame á mí... llévame á su presencia... y verás como delante de tí le maldigo y le confundo con mi desprecio!... Qué mas quieres, Derval?...

Derval. (*Con voz terrible.*) Quiero su vida!... Paulina... si he de alargarte un dia la mano en señal de perdon... es preciso que muera! (*Oyese á cierta distancia un pistoletazo.*) Qué es eso!

ESCENA XVII.

DICHOS.—HEBRARD. *Luego* MOSSARD.

Hebrard. Cielos! Derval!... No era él!...

Derval. Qué sucede?

Hebrard. Que Hortensia y yo os andábamos buscando, porque nos han hablado de un duelo...

Derval. (*Agitado.*) Un duelo!... Es verdad... pero ese tiro... Veamos... (*Quiere irse.*)

Hebrard. (*Deteniéndolo.*) A dónde vais?

Derval. A vengar mi honor.

Mossard. (*Que sale azorado.*) Tu honor? Ya está vengado!

Derval. Cómo?... esplícate...

Mossard. (*Mirando con desasosiego al foro.*) No tengo tiempo... los guardas del campo me andan á los alcances... querian prenderme... Con que yo me he escurrido, mientras los padrinos cargaban con el muerto...

Derval. Le has muerto?

Mossard. Sí señor, le he muerto.—Me confesó que él tambien... antes que mi primo el capitan... habia... Esto me sacó de mis casillas!...—Tú no llegabas... yo tenia parte de culpa en tu desgracia... Con que nos pusimos... y paf! al primer tiro...—Ay! vámonos adentro, no vengan los guardas!...

Derval. Ya no existe! (*Alargando la mano á su muger.*) Paulina!

Paulina. (*Cayendo á sus pies y besando su mano con estremos de gozo.*) Ah!

Hebrard. Bien, Derval... el hombre, á semejanza de Dios, debe saber perdonar!

ESCENA XVIII.

DICHOS.—HORTENSIA, LUISA.

Derval. (*Levantando á Paulina y entregándola su hija, que sale de la mano de Hortensia.*) Paulina... abraza á tu hija!

Paulina. Hija de mi alma!... Esposo mio! (*Los tres se abrazan llorando.*)

Mossard. (*Limpiándose las lágrimas.*) Tentado estoy yo tambien de perdonar á Eugenia!

FIN DEL DRAMA.